Amor y no dejárselo ya arrebatar; para no perderlo nunca jamás. Y este hallazgo feliz, esta posesión tranquila de Jesús en su corazón, esta seguridad de amarlo y de ser amada, este goce inefable, pero habitual y continuo aun en las angustias más grandes del espíritu y de la vida, todo esto, forma el éxtasis del alma eucarística.

Es el éxtasis de la *misma Magdalena,* que sólo sabe decir una palabra a Jesús: *¡Rabboni!* y con ella le dice todo.

Es el éxtasis de *Inés* que exclama: «Soy de Cristo: amando al cual soy casta, tocándole soy pura, recibiéndole soy virgen».

Es el éxtasis de *Cecilia* que, estrechando sobre su pecho el Evangelio de Cristo, acompañada de los órganos, canta: «Haced, Señor, que mi corazón y mi cuerpo sean siempre inmaculados, para que no quede nunca confundida».

Es el éxtasis de *Gertrudis* que siente que su corazón está convertido en deliciosa morada de Jesús, el cual un día habla de esta manera: «Me encontraréis, o en el Tabernáculo, o en el corazón de Gertrudis».

Es el éxtasis de *Catalina de Sena,* de Catalina que vive sólo de la Eucaristía, de la cual siente el olor y conoce la presencia, distinguiéndola milagrosamente de las partículas no consagradas; de Catalina que oye repetírsele estas palabras dulcísimas: «Tú piensa en mí, y yo pensaré en ti».

Es el éxtasis de *Isabel de Hungría,* cuando fue invitada a permanecer continuamente con Jesús, que le aseguraba: «Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo y jamás de ti querré separarme».

Es el éxtasis de *Magdalena de Pazzi* que, no sabiendo cómo dar desahogo a su corazón, una noche, coge la cuerda de la campana, llama a las religiosas que duermen y, viéndolas entrar en el coro, las grita extática: «¡Venid a amar al amor; el amor no es amado, el amor no es conocido; venid a amar al amor!...».

Es el éxtasis de *Verónica de Giuliani,* que, fuera de sí y enajenada de los sentidos, corre por la huerta, trepa

por los árboles, y va gritando: «¡Jesús mío, Jesús mío!... ¡Amor, Amor, poned fuego en este mi corazón!»

Y para terminar, es el éxtasis de *Teresa de Jesús*... ¡Ah! el mismo santo Cura de Ars lloraba tiernamente cuando pensaba o refería las palabras dichas por Jesús a Santa Teresa: «Oh Teresa, cuando los hombres no quieran ya saber nada de mí, vendré a esconderme en tu corazón». Y estas otras: «Oh Teresa, espero el día del juicio para mostrar a los hombres cuánto me has amado».

IV. 3.º — *Sólo Jesús.* — Para tales almas Jesús es su todo en la tierra; otra belleza no existe para sus ojos, fuera de la belleza del Hijo de María. Todas las demás cosas únicamente las miran en cuanto que conducen a Jesús, o de Él participan o hablan, o en cuanto reflejan su imagen. Es un alma transfigurada por el amor, el alma eucarística. Ahora bien, los ojos de un alma así transfiguraba no sabe ver más que a Jesús solo.

Cuando, sobre el Tabor, los tres apóstoles predilectos, a la voz de Dios Padre, cayeron desvanecidos en tierra, Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: «Levantaos y no tengáis miedo». El misterio de la Transfiguración estaba cumplido, la luz del Tabor había divinamente deslumbrado aquellos ojos mortales; el tocamiento y mandato de Cristo lo completa todo. Y entonces se levantan, abren los ojos y miran; mas no ven ya a nadie: ven a solo Jesús: «*Levantes autem oculos neminem viderunt, nisi solum Jesum*» (1). Allá arriba, en la cumbre del monte, sucedió materialmente; en las almas sucede espiritualmente. Cuando la luz del Tabor ha iluminado las pupilas de un alma; cuando esta alma ha sido tocada, levantada, reanimada por Jesús; cuando en ella se ha realizado este gran misterio de transfiguración, entonces sus pupilas, divinamente hechizadas, no ven ya a nadie fuera de Jesús. No que sean ciegas, no; los ojos los tienen abiertos, y son exactísimas en sus deberes, en cuyo cumplimiento no se dejan fácilmente superar por otros; pero tienen los ojos abiertos y, no obstante, no ven. Espiritualmente acontece

(1) Mt. XVII, 8.

a estas almas lo que sensiblemente aconteció a San Pablo en el camino de Damasco, cuando caído del caballo a la potente voz de Jesús, sus ojos continuaron abiertos, pero no veía nada materialmente; sin embargo espiritualmente, a la luz que de pronto irradió del cielo, vio tanto, que súbitamente se entregó del todo en las manos del Señor, diciéndole: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Y con esta entrega completa al querer divino, San Pablo comenzaba su carrera de santidad.

V. Es este el doble efecto que, en dirección opuesta, produce la luz divina: por una parte *ciega;* por la otra *ilumina.* He aquí por qué las grandes almas eucarísticas viven en el mundo, pero como si fueran ciegas. No saben ver más que a Jesús en todas las cosas, y todas las cosas en Jesús; en todo lo demás, *apertis oculis nihil vident:* tienen los ojos abiertos y nada ven; nada las hiere, nada las impresiona ni las atrae. Son las Gertrudis que, trabajando con las manos, dan vueltas continuamente alrededor de Jesús sin alejarse de Él nunca ni perderle nunca de vista. Así se explica la admirable tranquilidad de espíritu y el profundo recogimiento que los santos conservaban en medio de las ocupaciones más diferentes y de las más grandes agitaciones. Verdaderas brújulas, verdaderas agujas imantadas, estaban constantemente vueltas hacia el polvo divino, atraídas por el mismo divino amor. Así podemos entender la respuesta dada por San Francisco de Sales a la Santa Madre Chantal, a la cual, preguntándole en cierta ocasión si había estado distraído en aquel día, le respondió que sólo «por espacio de un cuarto de hora». Y San Luis Gonzaga, verdadero ángel de la Eucaristía, en el espacio de seis meses, lo que parece casi increíble, sólo estuvo distraído el tiempo que se emplea en recitar un *Ave María.* Así finalmente se comprende por qué el amor de la Magdalena, como el de cualquier grande alma eucarística, es un amor mudo, silencioso y concentrado.

VI. 4.º — *Amor mudo y silencioso.* — En torno de las personas santas reina un silencio divino, silencio, se entiende, con las criaturas, no con el Creador. Quien mu-

cho habla, quien mucho charla, no será nunca alma de perfección, y mucho menos alma eucarística. La razón es porque los grandes amores, así como los grandes dolores, son mudos y silenciosos. Cuanto más silenciosos son los ríos, tanto más profundas son sus aguas. El que habla mucho, tiene el corazón vacío, es un torrente que hace estruendo; en cambio, un corazón lleno es un corazón profundo, y por eso habla poco, sólo cuando lo exige la necesidad, y siempre rectamente. Ama más escuchar que hablar, como la Magdalena, la cual *audiebat verbum illius:* callada, embelesada del amor divino, escuchaba las palabras de Jesús.

El silencio es forma casta del amor: cuanto más casto y delicado es el amor, tanto es más secreto y escondido a los ojos de los profanos. Las palabras inútiles son evaporación del amor; y el alma casta y enamorada calla, porque teme que hablando se evapore o se empañe su amor; por eso, como aroma precioso, lo tiene cerrado y sellado en su corazón, manifestándolo sólo a su Amado. El amor casto es el grano de trigo que muere en las entrañas de la tierra; la raíz escondida que alimenta al árbol; la perla caída en la profundidad del mar; la abeja industriosa que fabrica la miel en los secretos de su colmena.

VII. Sobre este dulce reposo de María Magdalena tiene una hermosa página San Francisco de Sales. Después de haber dicho que «el alma así tranquila en su Dios, no dejaría este reposo por todos los bienes del mundo», añade: «Tal fue casi la quietud de la santa Magdalena, cuando, sentada a los pies de su Maestro, escuchaba su divina palabra. Mírala, oh Teótimo; está sentada en una profunda tranquilidad, no pronuncia ninguna palabra, no llora, no solloza, no suspira, no se mueve, no pide nada. Marta, llena de ocupaciones y cuidados, va y viene por la sala; María no piensa en nada. ¿Qué hace, pues? No hace nada; escucha. Y ¿qué quiere, decir que escucha? Significa, o quiere decir, que está allí como un vaso de honor, para recibir gota a gota la mirra de suavidad que los labios de su Amado destilaban dentro de su corazón.

Y el divino Amante, celoso del amoroso sueño y reposo de su amada, reprendió a Marta, que la quería despertar, diciéndole: «Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchas cosas; y, a la verdad, una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte de que jamás será privada». Pero ¿cual fue la parte o porción de María? La de permanecer en paz, en reposo y quietud cerca de su dulce Jesús» (1).

VIII. 5.º — *Tranquila y serena.* — Cuando el alma con el trabajo de la gracia, de la voluntad y del tiempo, ha llegado a este grado que hemos venido describiendo, entonces conviértese ya como en un místico castillo. Y, en verdad, un castillo debe ser el alma para que pueda merecer el elogio hecho por Jesús a la Magdalena: *«Optimam partem sibi elegit María».* Debe ser un castillo interior por la solidez de las virtudes, la firmeza de los propósitos, la constancia en el bien, el valor en las pruebas, y el heroísmo en los sacrificios; un castillo bien abastecido y fortificado, libre de las traiciones de los enemigos internos. Castillo, donde las almas sentirán desgraciadamente las tempestades del siglo, los embates del mundo y los asaltos del infierno; pero tienen a Jesús en el Sacramento, y por eso están seguras. Como un día la gran Clara de Asís, viendo asaltado por los sarracenos su monasterio, cogiendo en sus manos y levantando en alto al Dios de las vírgenes Sacramentado, gritaba: «Oh Jesús, no dejéis caer en las garras de estas bestias feroces las almas que confían en Vos, y custodiad las siervas redimidas con vuestra preciosa sangre»; así gritan frente al peligro todas las almas eucarísticas. Confían como Clara, y como Clara salen siempre vencedoras, invencibles; porque el Dios de las virtudes se convierte en el Dios de las victorias, y su palabra tranquilizadora está luego pronta: *«Ego vos semper custodiam»:* «Seré yo siempre vuestro custodio», como respondió a la virgen de Asís.

IX. Seguras, pues, de la asistencia de Jesús, a quien pertenecen y para quien viven, estas grandes almas euca-

(1) Tratado del Amor de Dios, Lib. VI, cap. VIII.

rísticas, se mueven tranquilas en medio de los peligros de la familia, de la sociedad y del mundo; en los hospitales y en las cárceles y sobre los campos de batalla; entre los salvajes, en incultas llanuras y lejanos continentes. Todo su valor les viene del Tabernáculo; toda su fuerza es la divina Eucaristía. Jesús les basta y, fortalecidas todos los días con el Pan de los fuertes, con el Pan que ha formado los santos, los mártires y los héroes, ellas gritan con San Pablo: «¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿será la tribulación? ¿la angustia? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿el riesgo? ¿la persecución? ¿o el cuchillo?... Pero en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor» (1).

He aquí el cuadro general de las almas encarísticas de más elevada perfección; nos es agradable aún presentar algunos otros cuadros más en particular.

CAPÍTULO VI

LANGUIDEZ EUCARISTICA

I. El amor en grado intenso se convierte en fiebre moral, en una fiebre lenta, secreta y gustosísima; ninguno está tan enfermo como aquél que tiene una fiebre continua; de éste se dice: está consumido de la fiebre. Pues de la misma manera, cuando el amor se ha convertido en fiebre, de éste que así ama, se dice: *languidece de amor, está consumido de amor.*

El evangelista San Juan, hablando del hermano de Marta y María, dice: «*Erat quidam languens Lazarus a*

(1) Rom. VIII, 35-39.

Bethania» (1): «Estaba enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania». Era una enfermedad ciertamente física, sin embargo, el amor había tenido parte en ella. En efecto, las dos hermanas con una delicadeza finísima, envían un mensajero al Maestro para que, sin nombrar el enfermo, le diga simplemente: *«Domine, ecce quem amas, infirmater»* (1): «Señor, mira que aquél a quien amas, está enfermo». Cogen a Jesús directamente por el camino del corazón, que es el más breve y el más seguro; sepa sólo que el enfermo es un amigo suyo, un amado suyo; y esto basta, no es necesario añadir otra cosa.

II. Ahora bien, ¿qué cosa es un corazón intensamente enamorado de Jesús Sacramentado? Si nosotros debiéramos darle un nombre a este enamorado eucarístico, le llamaríamos: *quidam languens a Bethania:* es un enfermo, uno que languidecía, vecino de Betania, esto es, que era de Betania, que es la casa del amor, y de la familia de los discípulos amados y predilectos. Está enfermo de amor; mas Jesús lo sabe y conoce su enfermedad. No obstante esto, si queréis recordárselo a Jesús, no debéis decirle más que las sencillas palabras que le fueron dichas para Lázaro: «Señor, mira que aquél a quien amas, está enfermo». Basta esto; no es preciso añadir más palabras para Aquél que lo sabe todo y tiene corazón de padre, de hermano y amigo, y que, sobre todo, tiene corazón de Dios.

III. En los mismos Libros Santos, sin embargo, encuentro otra alma muy amada, la cual usa de una expresión más expresiva y propia para dar a entender a su Amado la enfermedad que padece. Ella misma es la enferma; ella la que languidece; y es la más terrible de las fiebres, la fiebre del divino amor, la que la consume y abrasa. Por lo cual, no pudiendo resistir más, grita: «Conjúroos, oh hijas de Jerusalén, que si hallareis a mi amado, le digáis cómo desfallezco de amor» (1). *Amore langueo!* ¡Oh grito misterioso, que resuena en la boca de todas las

(1) Jo. XI, 1.
(1) o. XI, 2.
(1) Cant. V, 8.

grandes almas eucarísticas! *Amore langueo!* ¡Oh grito inefable, repetido por las Gertrudis, las Catalinas, Teresas y Verónicas! *Amore langueo!* ¡Grito dulcísimo, que cien y cien veces al día hacen escuchar a Jesús Sacramentado las almas de Él enamoradas; y que hacen oír también a todas las criaturas, buscando en ellas ayuda y alivio e invitándolas a confortarlas con flores: *«fulcite me floribus»;* a fortalecerlas con manzanas: *«stipate me malis»;* porque desfallecen de amor!... «y languidecen de amor, porque Jesús las ha introducido en la pieza en que tiene el vino, y ha ordenado en ellas el amor...» (2).

IV. *Amore langueo!* Preguntádselo a *San Antonio de Padua* qué cosa quiere decir languidez eucarística; a Antonio, el cual hallándose un día en el Monasterio de Santa Cruz, en Coimbra, y sabiendo que en la iglesia, a donde él no podía ir por estar impedido, se celebraba la Santa Misa, ardía y languidecía de inmenso deseo. Y he aquí que, en el momento de la consagración, se abren las paredes, y desde el lugar mismo en que se halla, ve y adora la Hostia santísima elevada entre las manos del celebrante.

—Y a *Catalina de Sena,* la cual tiernamente nos dice: «Cuando no puedo recibir al Señor, voy a la iglesia; y allí lo miro... lo miro... y esto me sacia».

—Y a *Jacinta de Mariscotti,* que sufre un verdadero martirio todas las veces que debe alejarse del Tabernáculo, y solía decir: «No conozco en el mundo otra pena mayor que aquella de no amar a Dios».

—Y a *Santa Catalina de Génova,* que languidece y exclama: «Yo no tengo ya alma ni corazón, pues mi alma y mi corazón es aquél de mi dulce Amor».

V. *Amore langueo!* Preguntádselo a *Santa Margarita María de Alacoque,* a la gran discípula del divino Corazón, la cual, en la fiesta solemnísima del Amor, esto es, en un Jueves Santo, llegó a estar más de catorce horas seguidas postrada dulcemente delante de Jesús Sacramentado.

(2) Ib. II, 4.

—Y a la *Condesa de Feria*, la cual, hecha religiosa de Santa Clara, del frecuente y prolongado estarse delante del Sagrario, era llamada la «Esposa del Sacramento».

—Y a la sierva de Dios, *María Díaz*, que obtuvo licencia del Obispo de Avila para habitar en la tribuna de una iglesia, donde casi de continuo estaba delante del Santísimo Sacramento, al que ella llamaba su Vecino; y no salía de allí, sino para ir a confesarse y a comulgar.

Amore langueo! Preguntádselo asimismo a *María Eustella* que, por pasar la vida delante del Sacramento, es llamada el «Angel de la Eucaristía»; y solía decir: «¡Oh Santísima Eucaristía! tú contienes lo que yo amo y todo lo que yo quiero amar».

—Y, en tiempos a nosotros más cercanos, a *Santa Gemma Galgani*, la cual, yendo a la iglesia, exclamaba: «Voy a Jesús, vayamos a Jesús; Él está solo; nadie se acuerda de Él. ¡Pobre Jesús!» Y otra vez decía: «¡Ah! no comprendo cómo hay tantos que se acercan a Jesús, y no se conviertan en pavesas. A mí me parece que si estuviese junto a Él un cuarto de hora solamente, me reduciría a ceniza».

VI. Pero habla tú ahora, oh *Luis Gonzaga*, habla tú y revélanos el elevado significado de este grito: *amore langueo!* ¿Quién mejor que tú, oh Luis, puede explicarnos qué cosa quiere decir *languidez eucarística y fiebre eucarística?* Sí, oh caras almas; el angélico joven os dirá qué cosa signifique vivir consumido de amor eucarístico, y consumido morir. Él os lo dirá, a quien la extática Magdalena de Pazzi contempló entre los Serafines en el cielo y le llamaba mártir de amor en la tierra, y la misma Iglesia dice de él que era: *Caritate martyrem incognitum*, mártir no conocido de caridad. ¡Pobre Luis! es inútil alejarlo del Tabernáculo; es inútil mandarle que se distraiga y no piense tanto en su Amado. Cuanto más se aleja, más cerca está de Él; quiere pensar menos en Él, y lo recuerda más; quiere huir de Él, y en todas partes lo encuentra, en todas partes lo abraza y se une con Él.

¡Pobre Luis!... Un día ha de cumplir cierto encargo que le han hecho; pero para realizarlo pronto, debe pasar

por la iglesia. Mas ¿qué hará para pasar con presteza y sin dilación? ¿qué hará para no detenerse un momento, al menos un momento solo, delante del Santísimo Sacramento? Y ¿si pasando, quedase allí? ¿si no pudiese ya levantarse? ¡Pobre Luis! pasar esta vez delante del Amado, no es delicioso para él, sino muy penoso. Preocupado con estos pensamientos, confuso y temblando, entra en la iglesia y apresura el paso... ¡He ahí el Tabernáculo!... ¡oh Dios!... cae de rodillas delante de su Amado; y diciéndole luego que no puede detenerse, que debe marcharse: *¡adiós!*, le dice, *¡adiós!...* y quiere levantarse. Mas no puede: una mano invisible lo detiene; una fuerza oculta lo sujeta. Su corazón late fuertemente, sus sentidos se desvanecen y su espíritu entra en dulce éxtasis... No es ya él que no quiera marchar; es Jesús que le encanta, Jesús que le encadena amorosamente. En aquel momento feliz, el hijo de Ignacio desaparece, y queda el hijo de Dios; queda el enamorado de Jesús, el ángel, le serafín de la Eucaristía.

VII. Las mismas dificultades que encontraba San Luis Gonzaga al pasar por delante del Santísimo Sacramento, las encontraba también el angélico hijo de San Alfonso María de Ligorio, San Gerardo Maiella. Era sacristán, cuyo oficio desempeñaba con seráfico contento, porque le hacía estar ordinariamente cercano, alrededor y junto a su amado Bien.

En cierta ocasión tenía verdaderamente prisa el Hermano Gerardo; debía obedecer, y con prontitud; pero tenía que pasar para hacerlo por delante del Santísimo Sacramento, y aquí precisamente estaban las dificultades. Se arrodilla, en efecto, adora al Santísimo, quiere levantarse... pero le es imposible; queda como *magnetizado,* y entonces con vivo sobresalto comienza a decir: «¡Jesús mío, tengo que hacer... dejadme ir; por caridad, dejadme ir, Jesús mío!» Y le dejó ir por aquella vez su amado Jesús.

Por esta razón, frecuentemente el eucarístico sacristán pasaba de prisa por delante del santo Tabernáculo. Advirtió esto en cierta ocasión el médico de casa, doctor San-

tarelli, y le preguntó el motivo. Qué he de hacer, le respondió Fr. Gerardo; más de una vez este *Hombre de bien* (Jesús Sacramentado) me ha abrasado, y es necesario que huya, temiendo que me haga cualquier *jugada*. Y en verdad, una vez le hizo una *jugada* el *Hombre de bien*. Mientras pasaba de prisa por delante del Sagrario y quería marchar, de improviso cayó desmayado en tierra. El mismo Santarelli estuvo presente. Y cuando le preguntó por qué había caído desmayado en tierra, respondió: «¿No te lo he dicho yo que con Él no se juega? Ved cuántas *jugadas* me hace, a pesar de que yo no le trato demasiado».

Mas, ¿qué maravilla que Fr. Gerardo cayese en tierra delante de Jesús vivo y verdadero, cuando bastaba sólo su imagen para arrobarlo en éxtasis, como sucedió en el refectorio de Deliceto, donde una vez, delante de la imagen del *Ecce-Homo*, se arrobó en éxtasis, elevándose de la tierra, con el tenedor en una mano, y en la otra la servilleta?

¡Oh Luis Gonzaga! ¡oh Gerardo Maiella! ¡de cuánta confusión es para mí vuestro ejemplo, pensando que tantas veces paso y vuelvo a pasar delante de Jesús sin saludarlo siquiera!... ¡Aún más, que paso delante de Él, y ni siquiera pienso en ello!

CAPÍTULO VII

HERIDA EUCARISTICA

I. El amor en sus grados más altos no es solamente fiebre, es también herida. Un poeta del paganismo, hablando del amor profano, lo llama herida: *Vulnus alit venis* (1), herida que se alimenta interiormente en las venas.

Pero no tenemos necesidad de poetas paganos para persuadirnos de que el amor sea una herida profunda. Si

(1) Virgilio. *Eneida*, lib. IV.

así no fuese, no podría nunca entender el significado de las imágenes sagradas de los Corazones dulcísimos de Jesús y de María; las aberturas sangrientas y las llamas que salen de ellos, serían para mi inexplicables. Inexplicable sería también para mí Francisco de Asís, el «Crucificado del Alvernia»; Teresa de Jesús, herida en el corazón; y Catalina de Sena y Verónica de Giuliani, estigmatizadas.

II. Ahora bien, cualquier grande alma eucarística tiene una herida en el corazón: *la herida del amor*, por la que está también ella estigmatizada. No es herida o estigma sensible, es verdad; mas no por eso deja de ser el alma, a causa de semejante herida, verdadera víctima del amor de Jesús Sacramentado. Su corazón físicamente está sano, pero espiritualmente está herido, está llagado. Y si el alma enamorada quisiera buscar una palabra reveladora de su interior, escogería la palabra del mismo Esposo celestial, y le diría: *«Vulnerasti cor meum»:* has herido mi corazón; mi corazón has herido, ¡oh amado Jesús! (1). ¡Cuántas cosas dice esta amorosa afirmación del alma!

III. Cuando se ha recibido una herida, que se ha convertido en llaga, y esta llaga está abierta y no cicatrizada, ¿podrá existir un solo momento en que el paciente se olvide de ella? ¿podrá existir un lugar, o una circunstancia cualquiera, en que no sienta el dolor de su llaga? En verdad que podríamos repetir con el poeta: *Vulnus alit venis...* alimenta una llaga, una herida en las venas. Aún más: ya que el cristianismo ha bautizado no solamente personas, sino también vocablos paganos, y los ha consagrado a la religión de Jesús; así yo, esta frase de Virgilio —poeta, por lo demás, el más casto de los antiguos poetas— quisiera despojarla de su significado profano y convertirla en una frase eucarística. Virgilio decía: *Vulnus alit venis, et caeco carpitur igni:* alimenta herida en las venas y la consume el secreto fuego del amor. Yo, purificando y santificando el concepto, quisiera decir: *Vulnus alit venis, et sancto carpitur igni:* alimenta herida en las venas y la consume el santo fuego del amor. De esta manera el verso pagano conviértese en verso y verdad euca-

rísticos. Dadme un alma amante, decía San Agustín, y entenderá muy bien cuanto digo. Así repito yo: dadme un alma verdaderamente eucarística, y sentirá cuán verdadero sea que el amor alimenta herida en las venas.

IV. *Vulnus alit venis!* ¡Oh!, cómo absorbía esta herida el alma toda de *Magdalena de Pazzi*. Una mañana ella —que trabajaba tanto cuanto oraba—, hacía el pan; empero, mientras amasaba el pan material, su corazón ardía en deseos de otro pan, del pan de los Angeles. Suspiraba anhelosa languideciendo de amor, cuando de improviso suena la campanilla que llama a las religiosas para la Comunión. Magdalena vuela entonces... mas de tal manera es atraída por Jesús y tan absorta está en su contemplación, que se presenta en el comulgatorio y recibe la Comunión arremangada como estaba y con dos pedazos de masa en las manos, sin que en aquel momento lo advirtiese. ¡Dios mío, parecen hechos increíbles, y sin embargo son verdaderos!

V. *Vulvus alit venis! Verónica de Giuliani*, que está herida en el corazón física y espiritualmente, da muestras de una alegría celestial cuando Jesús Sacramentado tiene que entrar en el monasterio para la Comunión de las religiosas enfermas. Piensa en ello el día anterior, durante toda la noche y en los días siguientes. Cuando aparece el sacerdote que trae el Santísimo, Verónica no rige más; su corazón se regocija y salta de gozo: arde más ella que la candela que tiene en la mano. Acompañando al Santísimo, por sentimiento de humildad habría querido estar la más alejada de todas; sin embargo, de hecho se encuentra la más cercana al sacerdote, y tan próxima, que alguna vez (¡ay! Verónica, ¿qué haces?) ha llegado a dar un beso al santo copón. Pero ¡ah! no queráis acusar de irreverencia a mi santa hermana capuchina: ¡ni siquiera ha advertido lo que ha hecho! Después, la noche siguiente a la Comunión de las enfermas, subía de rodillas las cuatro escaleras del monasterio que conducían a la enfermería, en obsequio del Santísimo que por allí había pasado, haciendo con la lengua una cruz en cada una de las gradas; pero con tal fervor, que a veces dejaba en ellas rastros

de sangre. Y esta tan piadosa y edificante costumbre la conservó siempre, aun siendo Abadesa, y cuando estaba ya muy debilitada por la edad y por sus muchas enfermedades.

VI. *Vulnus elit venis!* Otra grande alma eucarística, herida también sensible y espiritualmente en el corazón, fue *Santa María Francisca de las Cinco Llagas,* terciaria franciscana de Nápoles.

Todas las Misas eran largas para ella, porque le parecía que nunca llegaba el momento de la Comunión. ¡Dios mío! ¡los más grandes milagros obrados por los santos, son los milagros de su amor! Un día Francisca oía la Misa de su confesor, don Antonio Cervellino, el cual había consagrado una partícula más para darle la Comunión. Pero, llegado el momento de ésta, el buen Padre queda turbado al no ver ya delante la partícula consagrada. Lleno de santo amor la busca sobre el altar y por el pavimento, mientras María Francisca le hace señal con el dedo de que ya la tenía en la boca.

Había comulgado antes que el sacerdote le hubiese dado la Comunión.

Otra vez María Francisca va a comulgar en la iglesia de los Florentinos, la cual, por ser día de fiesta, se encuentra completamente llena de una muchedumbre inmensa de gente. ¿Qué hacer? o esperar o ir a otra iglesia. Su corazón no sabe resignarse ni a lo uno, ni a lo otro. Mas el corazón de los santos tiene un secreto, esto es, el corazón de los santos es un imán eucarístico; aun de lejos los santos saben robar y atraer las partículas consagradas. En efecto, María Francisca se arrodilla en medio de aquel inmenso gentío, y una partícula vuela del sagrado copón y va a posarse sobre su lengua.

Más estupendo es todavía el caso que le sucedió cierto día oyendo la Santa Misa de otro confesor suyo, el Venerable Javier Bianchi, que celebraba en un oratorio privado. Un santo la decía, y una santa la oía; debía pues, suceder alguna escena propia de santos. Efectivamente, cuando llega el sacerdote a la sunción del cáliz, advierte que el vino consagrado y la partecita de hostia con él

mezclada han disminuido de tal manera, que apenas son sensibles al paladar. Terminado el divino Sacrificio, el venerable varón, lleno de consternación, se lo cuenta a aquella santa alma; la cual, cayendo ante él de rodillas, exclama: «Perdonadme, mi buen Padre, pues le habría bebido todo el cáliz, si el arcángel San Rafael no me hubiera advertido que se debía completar el Sacrificio de la Misa».

VII. Mas no son sólo estas águilas sublimes las que están verdaderamente heridas del amor eucarístico. En tiempos a nosotros más cercanos, y más fácil de imitar, hemos tenido otro ángel de la Eucaristía, el siervo de Dios *Fray José María de Palermo,* clérigo novicio *capuchino,* muerto a principios de 1886 y del cual ya está introducida la causa de beatificación.

Era todavía alumno en el patrio seminario arzobispal, del que será siempre ornamento y gloria, y ya él, *vulnus alit venis,* siente también en las venas la suavísima llaga del amor eucarístico. Desearía ser la lámpara de la capilla, o al menos el compañero de la lamparita eucarística. Los permisos que obtiene del rector para poder estar delante del Santísimo Sacramento, son siempre pocos, breves e insuficientes. ¡Qué pena después cuando el rector, sea por probarle, sea porque temía que abusase, ya también por no hacerle singular, le negó todos los permisos y le sometió al horario común del seminario!

¡Pobre Vicentico Diliberto! El rector le ha traspasado el corazón. Y ¿qué hacer? ¿cómo pasar las largas horas de la jornada sin ver a Jesús? ¿cómo poder vivir tan lejos del Tabernáculo? Una doble herida se abre en su corazón: la necesidad de obedecer y la necesidad de estar junto a Jesús. El rector le ha prohibido su estancia en la capilla para no hacerse singular: ahora bien, ¿si lograse estar en la capilla sin dejarse ver? ¡no estaría ya allí como hombre visible, sino como ángel invisible! ¿cómo hacerlo? El más grande inventor no es la inteligencia, sino el amor. Y el amor del seminarista Vicentico Diliberto irá de invención en invención.

VIII. *Primera invención.* No pudiendo estar delante

del Santísimo Sacramento en la capilla, estarse al menos *lo más cerca* que sea posible. Y el lugar lo halla: se acuerda que allá arriba, en la parte más alta del seminario, hay un cuartito solitario, en donde se guardan instrumentos de física. Es el lugar menos visible y más próximo a la capilla del Sacramento. Permanecer, pues, el mayor tiempo posible encerrado en aquel escondrijo, quería decir estarse frecuentemente cerca, muy cerca de Jesús Sacramentado. ¡Oh! ¡qué feliz descubrimiento! Ponerlo en práctica le resulta fácil, porque el rector y todos saben que a él le gusta la mecánica; y aquellos instrumentos de física le excusarían. Todo lo más que podrían decir es que el P. Diliberto (así le llamaban sus compañeros) va a encerrarse en el cuartito de física para hacer penitencia. ¡Dejadles decir con tal que le dejen obrar! Él todas las horas libres, con el permiso de los superiores, permanece encerrado en medio de los instrumentos de física, víctima de un instrumento divino, víctima del amor: *Vulnus alit venis.*

Segunda invención. Un día dulce esperanza viene a llamar a su corazón. En el fondo de aquel cuartito y del lado de la capilla, hay una pequeña puerta; y si hay una puerta, allí debe haber al menos algún pequeño corredor; ¡oh Dios! ¿y si este corredor diese a alguna ventana de la capilla?... El sólo pensarlo le hace saltar de alegría. ¿Qué sentiría cuando, forzada la puerta, se encontró en realidad delante de una ventana de la capilla? ¡Oh amado Jesús! no es ya un muro el que lo separa de Ti; ¡es una simple vidriera! Y desde esta vidriera, ¿no podría descubrirse el Tabernáculo bendito? Dirige la mirada hacia la derecha, y (¡oh momento de zozobra!)... ¡el Tabernáculo se percibe!... ¿Y no se vería aún mejor si se quitase uno de los cristales de la ventana? Con mano trémula lo quita; conmovido y tembloroso introduce la cabeza, y helo, helo allí... ¡el altar, el Tabernáculo, el Santísimo Sacramento! ¡Oh instantes dichosísimos! No es ya el hombre visible que adora el Santísimo Sacramento; es la golondrina peregrina que se asoma desde el tejado de la capilla; es el pájaro solitario que sale de un agujero de la casa de Dios.

¡Cuán ingeniosas, pues, son las invenciones de los santos!

Pero una nube envuelve la alegría de aquel corazón angélico. ¿Cómo estar en aquella postura incómoda largas horas, con la cabeza fuera de la ventana? Y además, ha salido de la capilla, como suele decirse, *por la puerta* para no ser observado y tildado de singular, y ¿ahora vuelve a entrar en ella *por la ventana?* ¡Oh, ay de él si fuese visto! ¡aquella sí que sería extraña singularidad! Mas la mística paloma, por otra parte, ha encontrado su nido y no intenta tan pronto dejarlo. Y entonces se le ocurre *una última invención*. Se procura un espejo, lo cuelga del muro de la ventana, del lado que está frente al altar mayor, de manera que el Tabernáculo quede reflejado en el espejo. Conseguido esto, ha obtenido todo lo que desea. No visto y sin dar que sospechar a nadie, en los tiempos libres, se recoge en el pequeño corredor y allí arrodillado se está largas horas, arrebatado de amor, con los ojos inmobles y fijos en el espejo, o mejor dicho, en el Tabernáculo en él reflejado.

Afortunado hermano, en verdad que eres un ángel que vives de la contemplación de Jesús Sacramentado. Mas porque eres un ángel de la tierra, por eso no lo ves cara a cara, sino *«per speculum, in enigmate»:* a través del espejo, en el enigma de tu amor secreto y escondido. ¡Así solamente encuentra bálsamo y refrigerio la llaga que abrasa tu pecho y que te ha movido a tantas invenciones!

IX. Oh Jesús dulcísimo, a quien la Iglesia llama medicina de nuestras llagas: *Jesu, medela vulnerum.* Vos solo conocéis el secreto para calmar las heridas eucarísticas; porque de Vos sólo, Dios mío, decía Job: *«Ipse est qui vulnerat et medetur»:* «él mismo hace la llaga y la sana» (1). ¿No sois vos, en efecto, el buen Samaritano que, habiendo hallado un hombre herido, se movió a compasión y, acercándose a él, vendó sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino? (2).

¡Oh santísimo *aceite y vino eucarístico*, oh Carne y

(1) Job. V, 18.
(2) Lc. X, 33-34.

Sangre de Jesús Sacramentado! vosotras sólo podéis calmar y embalsamar las llagas de las almas heridas de vuestro amor. Sólo en vosotras encuentran el ungüento y el aroma precioso; sólo en la mesa eucarística encuentran alivio; y sólo a la sombra del Tabernáculo se mitiga el dolor de sus llagas, el amor de sus heridas.

Alejadas de allí, no sienten más que vuestros dardos, oh Jesús; no reciben más que vuestras saetas; ni pueden decir otra cosa, que «has herido mi corazón, oh Saetero divino»: *«cor meum vulnerasti, vulnerasti cor meum;»*

CAPÍTULO VIII

FUEGO EUCARISTICO SENSIBLE (*)

I. Sobre todo, el amor es fuego, y ¡qué fuego es el amor! Con compasión admiro al heroico Levita San Lorenzo que se abrasa sobre el fuego como hostia purísima; pero no menos maravillado contemplo al angélico Estanislao de Kostka que, después de la Comunión, siente arder en su pecho tan grande fuego, que sus familiares se ven precisados a aplicarle paños empapados en agua. Admiro también a Pedro de Alcántara que, en tiempo de invierno, después de la Santa Misa, se arroja en los estanques helados y los hace hervir, pues tan grande y vehemente es el fuego que le abrasa; y a Catalina de Sena, la cual maneja tranquila el fuego natural que le parece frío comparado con el fuego interior que arde en su pecho; y a Wenceslao, Rey de Bohemia, que de noche, en el rigor del invierno, sale de casa para visitar al Santísimo Sacramento en la iglesia, y tan grande es el fuego que del alma se comunica a su cuerpo, que, tocando la nieve la derrite; de tal manera que al siervo que le acompaña,

(*) Hablamos en este capítulo del amor eucarístico como fuego sensible; *sensible*, se entiende, *no naturalmente*, sino por virtud extraordinaria.

bastábale, para no sentir el frío, poner los pies sobre las huellas de su santo señor.

Admiro igualmente a San Francisco de Paula y al Beato Félix de Nicosia, lego capuchino, los cuales, habiendo encontrado apagada la lámpara del Santísimo Sacramento, la encienden al instante tocándola simplemente con el dedo. ¡Tan grande era el fuego divino que circulaba por sus venas! Y ¡cómo no quedar conmovido a los gritos encendidos que mi seráfico Patriarca hacía resonar por los montes y los valles: «En una hoguera me puso el amor; el amor me puso en una hoguera, hoguera de amor!»

II. También a San José de Cupertino se le abrasaba el corazón sensiblemente, y solía decir que en el corazón tenía una llaga viva.

San Francisco de Regis fue visto más de una vez ponerse con la cabeza inclinada debajo de las goteras para templar la llama amorosa que del alma se comunicaba a su cuerpo.

Preguntádselo también al corazón de San Felipe Neri qué cosa signifique ímpetuo del amor divino.

Santa Rosa de Lima alguna vez parecía recibir en la Comunión un sol divino; tales eran los rayos que despedía del rostro.

San Pablo de la Cruz exclamaba: «Siento arder las entrañas, tengo sed y quisiera beber; mas para apagar estos ardores quisiera beber torrentes de fuego». Y este mismo fuego ¿no abrasaba también materialmente el corazón de la hija espiritual de su Orden, de Gemma Galgani? Le fue vista la carne, de la parte del corazón, realmente quemada; y a ella se le oyó exclamar: «De la parte del corazón siento un fuego misterioso... Ha crecido tanto, que tendré necesidad de hielo para extinguirlo».

¿Qué maravilla, pues, si Santa Catalina de Sena vio un día, en las manos del sacerdote que le daba la Comunión, un horno encendido, del que salían vivísimas llamas?

III. Moisés y San Pablo, hablando de Dios, dan de Él una definición sublime diciendo con idéntica frase: «El Señor, Dios nuestro, es fuego devorador»: «*Dominus,*

Deus noster, ignis consumens est» (1). Ahora bien, si el fuego creado y material tiene poder para abrasarlo todo y todo reducirlo a cenizas; si el hierro mismo se funde en el fuego y tórnase también él fuego, ¿cómo podrá negarse a Dios, fuego increado e infinitamente devorador, la virtud de inflamar las almas que a Él dignamente se acercan, y especialmente las que santamente lo reciben en su propio pecho? Los dos discípulos de Emaús, cuando se abrieron sus ojos y conocieron a Jesús en la fracción del pan, exclamaron: «¡Ah! ¿no es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» Si Jesús peregrino, que habla externamente, hace arder los corazones, ¿cómo no los abrasará Jesús-Eucaristía, que habla no sólo interiormente, sino que se comunica al alma como el fuego se comunica al hierro y lo pone incandescente?

IV. Si el Verbo de Dios, simplemente meditado, enciende e inflama, ¿qué cosa no hará el Verbo de Dios sacramentado y hecho no nuestra meditación, sino nuestro alimento, nuestra comida y bebida? Oh admirable dulzura, exclama el alma seráfica de San Buenaventura: *«Quod non meremur nominare, possimus masticare»:* lo que no somos dignos de nombrar, somos capaces de comer (1).

He ahí por qué los santos antes mencionados, después de la Comunión, tenían necesidad de refrigerios materiales, estando abrasados aun sensiblemente del fuego divino.

V. Y viéndolos así abrasarse sin consumirse, me parecen semejantes a aquella misteriosa zarza, vista por Moisés en el desierto, que ardía y no se consumía. Dios se aparecía y hablaba de en medio de aquel fuego; y Moisés exclamaba: «Iré a ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza». ¿Por qué, pues, Estanislao de Kostka, Pedro de Alcántara, Catalina de Sena, Wenceslao de Boemia, Félix de Nicosia, Francisco de Paula y de Asís arden y no se consumen? Si muriesen de amor, sería

(1) Deut. IV, 24; Hebr. XII, 29.
(1) Stim. c, 8.

un milagro; pero es también milagro que ardan de aquella manera y, sin embargo, no mueran... ¡Son manifestaciones portentosas de la gracia; son lecciones profundísimas del Corazón divino!...

VI. También Verónica de Giuliani, cuando era todavía la pequeña Ursulita, en el día venturoso en que le fue concedido, después de años de súplicas y de lágrimas, el poder recibir la Primera Comunión, experimentó tal fuego en su pecho, que, llegada a casa y suponiendo que todas las demás sentirían el mismo calor, vuelta a sus hermanas, les preguntó: «Decidme, hermanas mías, ¿cuánto tiempo dura en el pecho este fuego que enciende la santa Comunión?» Si tan encendida fue el día de su primer encuentro con Jesús, aunque de tierna edad, ¿qué incendio arderá más tarde en aquella alma cuando de *Ursulita* llegará a ser Sor Verónica, la estigmatizada, la favorecida con todos los carismas del Espíritu Santo?

VII. Mas, por lo menos, después de la primera Comunión, Ursulita quedó aún con vida; existió otra santa niña que expiró dulcemente abrasada en el fuego de la primera Comunión: fue la *B, Imelda Lambertini.*

Tenía doce años y, según el rigor que se usaba entonces, aun no se creía poderla admitir a la Comunión. ¡Ah! entre gracias tan señaladas como nos ha otorgado el Señor, debemos contar también ésta: ¡la de habernos hecho nacer en tiempos verdaderamente eucarísticos-

Imelda era educanda de un monasterio de religiosas dominicas de Bolonia. El 12 de mayo de 1333, todas las religiosas reciben la Comunión; a Imelda solamente no se la permite acercarse a la Sagrada Mesa; a Imelda, que es la más digna de todas. Pero esta vez el cielo se conmueve a sus lágrimas y suspiros; y ¡oh milagro de la bondad de Dios! una partícula consagrada vuela de las manos del sacerdote que las administra la Comunión y va a pararse en el aire sobre el rostro de Imelda, que abre al instante su boquita y extática la recibe. Y he aquí luego otro milagro obrado por aquel Dios que es siempre admirable en sus santos; la angelical niña, ahogada en aquella dul-

zura celestial, cruza las manecitas sobre el pecho, inclina la cabeza, se recoge y... ¡muere!

Su primera Comunión fue también su Viático: su aurora fue ocaso eucarístico. Y toda su vida consta de una página sola, de una página eucarística: *«La historia de una primera Comunión»*.

CAPÍTULO IX

FUEGO EUCARISTICO ESPIRITUAL

I. El fuego divinamente sensible constituye un portento, y por eso no fue concedido a todos los santos; mas a todos los santos fue concedido el fuego eucarístico espiritual, y todos ellos podrían llamarse *hijos del fuego,* como graciosamente se llamaba a sí misma Santa Magdalena Sofía Barat, aludiendo al haber nacido durante un incendio desarrollado cerca de su casa. Sí, los santos especialmente son hijos del fuego, e hijas del fuego eucarístico son todas las almas enamoradas del Santísimo Sacramento.

De cuanto placer es recordar a este particular las dulces palabras de la *Imitación:* «¡Oh Señor, cuán grande es la multitud de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen! Cuando me acuerdo de algunos devotos a su Sacramento que llegan, a él con gran devoción y afecto, quedo muy confuso y avergonzado de mí, que llego tan tibio y tan frío a tu altar y a la mesa de la sagrada Comunión, y que me quedo tan seco y sin dulzura de corazón, que no estoy enteramente encendido delante de ti, Dios mío; ni soy llevado ni aficionado del vivo amor como fueron muchos devotos, los cuales del gran deseo de la Comunión y del amor que sentían en el corazón, no pudieron detener las lágrimas, mas con la boca del corazón y del cuerpo suspiraban con todas sus entrañas a ti, Dios mío, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su

hambre de otra manera, sino recibiendo tu Cuerpo con toda alegría y deseo espiritual...»

«Y aunque yo no estoy con tan encendido deseo como tus especiales devotos, no dejo yo, mediante tu gracia, de desear tener aquellos sus grandes y encendidos deseos, rogando y deseando me hagas partícipe de tus fervorosos amadores y me cuente en su santa compañía» (1).

II. Así como millares de mártires sufrieron el martirio del fuego, pero no todos murieron abrasados, ni todos tuvieron la muerte de San Lorenzo; así también, como acabamos de decir, pocos han sido los santos que se han abrasado sensiblemente en el fuego eucarístico; sin embargo, espiritualmente cuántas son las almas que en él se han consumido... ¡Oh!, el número de éstas es solamente manifiesto a los ojos purísimos de Dios.

¡Almas afortunadas, cuán digna de envidia es vuestra suerte! En el Antiguo Testamento Dios había ordenado que, en el altar del incienso, el fuego sagrado ardiese siempre, y que fuese un fuego perpetuo y nunca faltase en el altar del Señor (1). Además, Dios había dicho a Moisés: «Harás un candelero con siete lamparillas que pondrás sobre el candelero para que alumbren de frente al *Sancta Santorum:* el candelero estará siempre con sus lamparillas: y todas estas cosas las harás de oro purísimo labrado a martillo» (2). Y Dios añade. «Prepara aceite que alimente las lamparillas; por lo cual da orden a los hijos de Israel que te traigan aceite de olivas el más puro, exprimido en mortero: *«ut lucerna luceat semper»* (3), para que arda siempre el andelero». Mas no basta esto: «Formarás también de oro purísimo incensarios (4); y me ofreceréis incienso el más transparente y de suavísimo olor, sobre el altar de los perfumes o *timiamas,* hecho únicamente para este fin. Para hacer el perfume o *timia-*

(1) Lib. 4, c. 14.
(1) Lev. VI, 12-13.
(2) Ib. IV, 1.
(2) Ex. XXV, 31-40.
(3) Ib. XXVII, 20.
(4) Ib. XXV, 29.

ma tomarás estos aromas: estacte, y onique, y gálbano adorífero, e incienso el más puro y transparente: de todo esto en igual porción: y formarás un perfume compuesto por arte de perfumería, muy bien mezclado, puro y dignísimo de ser ofrecido. Y después de haberle reducido todo a menudísimo polvo, le pondrás delante del Tabernáculo del Testimonio, en cuyo lugar yo te apareceré. Santísimo será para vosotros este perfume. Tal confección no la haréis para vuestros usos, por ser cosa consagrada al Señor. Cualquiera que hiciere otra igual para recrearse con su fragancia, perecerá de en medio de su pueblo» (1).

III. Hemos querido transcribir todo minuciosamente para hacer gustar a las almas de nuestros lectores, y especialmente a las almas eucarísticas, que lo entenderán mejor, esta página tan particularizada de los Libros Santos.

San Pablo, hablando del Antiguo Testamento y de los antiguos hebreos, comparándoles a nosotros, dice: «Todas estas cosas que les sucedían eran unas figuras y están escritas para escarmiento de nosotros» (2). Y, en otro lugar, más expresamente enseña que «todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza se han escrito» (3). Y escribiendo a los fieles de Galacia, llama a los antiguos ritos y ceremonias *«infirma et egema elementa»*, observancias legales sin vigor ni suficiencia (1). Ahora bien, si estas observancias legales, sin vigor ni suficiencia y vacías en sí mismas, no hubieran sido elevadas por la voluntad de Dios y recibido fuerza, nobleza y significación de aquello que figuraban y de las altas enseñanzas que eran destinadas a dar en la plenitud de los tiempos, ¿no nos parecería indigno de la majestad de Dios el verle ocupado en dictar leyes y preceptos, reglas y medidas acerca de ritos y objetos tan pobres en sí mismos? ¿acerca de calderas, tenazas, tridentes, braseros, enrejados, despabiladeras y de otras muchas cosas?

Mas cuando estas cosas, según la advertencia del Após-

(1) Ex. XXX, 34.
(2) I Cor. X, 11.
(3) Rom. XV, 4.
(1) Gal. IV, 9.

tol, no se consideran ya en lo que eran, sino en lo que representaban; cuando el alma cristiana considera las altas enseñanzas y los profundos significados que el Antiguo Testamento encierra, entonces no son ya observancias legales sin vigor ni suficiencia; entonces se entiende por qué la Sabiduría increada se haya ocupado tan minuciosa y celosamente de ellas.

IV. Y ahora, oh almas eucarísticas, con esta mirada de fe, volved a leer atentamente aquellos ritos antiguos, descritos poco antes; meditad aquella página, palabra por palabra; cada uno de sus pensamientos aplicadlos a vosotras mismas, aplicadlos a la divina Eucaristía. ¡Oh! ¡en verdad que también las del Antiguo Testamento son palabras de vida eterna! ¡Cuántas cosas os dirán aquel fuego sagrado e inextinguible; aquel candelero y lamparillas de oro purísimo y aquel incienso y perfume!... ¡Meditad, meditad, almas eucarísticas!

¡Oh Jesús Sacramentado! ¿no sois Vos el fuego sagrado que arderá sobre nuestros altares hasta la consumación de los siglos? Las almas eucarísticas son víctimas de amor; mas así como el fuego, que antiguamente consumía las víctimas, debía únicamente tomarse del fuego del altar: *«ignis ex eodem altari erit»* (1), así también las víctimas eucarísticas, ¿no han de ser también abrasadas por el fuego que se enciende continuamente en la Santa Misa, y que perpetuamente se conserva en nuestros amados Tabernáculos? Y si además reflexionamos sobre la expresión de San Gregorio Magno, el cual llama altar de Dios a nuestro corazón: *«Altare Dei cor nostrum est»*, entonces ¿no son las mismas almas eucarísticas las que forman el fuego sagrado y perpetuo que arde sobre los místicos altares del Señor?

V. No, oh Jesús; jamás faltará el fuego del amor sobre vuestros altares espirituales; no existirá un altar, por muy pobre que sea, que no tenga un candelero con una candela; ni un Tabernáculo tan sombrío, que no esté iluminado por la débil luz de una lamparilla. Mas los can-

(1) Lev. VI, 9.

deleros, oh Dios de las virtudes, y las lámparas materiales son símbolos y figuras de muy diferentes lámparas y candeleros. Son las grandes almas eucarísticas los verdaderos candeleros de vuestros altares; ellas son las verdaderas lámparas de vuestros Tabernáculos; y Vos lo sabéis, oh diivno Joyero: son de oro purísimo, y de oro labrado a golpes de martillo.

Almas enamoradas de Jesús Sacramentado, de vosotras se podría cantar lo que la Iglesia canta en el *Exultet* del Sábado Santo, hablando del fuego del cirio pascual: «Se alimenta de la cera derretida que, para sustentar esta preciosa lámpara, fabricó la solícita abeja». No son lámparas ordinarias las grandes almas eucarísticas, sino que son «*lampades ignis atque flammarum*», lámparas de fuego y de llamas; porque su amor es fuerte como la muerte; las muchas aguas no han podido extinguirle, ni los ríos podrán sofocarle: lo afirma el Cantar de los Cantares (1).

Pero son también incensarios, son también incienso purísimo y oloroso las almas eucarísticas. Los pensamientos, los latidos de su corazón, las oraciones, la vida toda de un alma eucarística, es una incensación de amor: el timiama y todos los aromas están en aquel corazón; y de todos ellos, Jesús desde el Tabernáculo y Dios de su trono, reciben la fragancia. En el Cantar de los Cantares se lee: «¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?» (1). Quién sea esta Vos lo sabéis, Dios mío! esta es especialmente la *perfecta alma eucarística.*

VI. Qué libro tan divino sería el volumen en que se recogiesen todas las expresiones de los santos dichas a Jesús, y las de Jesús Sacramentado dichas a los santos. Sería éste *el verdadero libro eucarístico,* en el que los pensamientos, los sentimientos y los latidos del corazón de los santos serían brasas de fuego, y, al mismo tiempo, granos de purísimo incienso.

(1) Cant. VIII, 6-7.
(1) Cant. III, 6.

Pulsándola la sabia mano de Tomás de Aquino, la lira eucarística canta: «*La ida Sion Salvatorem...*» «Canta, oh Sión, al Salvador, alaba a tu Rey, y a tu Pastor, con himnos y cánticos...» (2). Y mientras el angélico Tomás canta, su seráfico amigo Buenaventura se abrasa en amor como un serafín y dice: «Traspasa, dulcísimo Jesús y Señor mío, lo más íntimo y profundo de mi alma con la suavísima y saludable herida de tu amor, con una verdadera, sincera y apostólica santísima caridad, a fin de que desfallezca y se derrita sólo en amor hacia Ti y en deseo de poseerte. Que arda en deseos de Ti, que desfallezca en los atrios de tu templo, y que no aspire más que a verse libre para unirse contigo...» (1).

VII. Escuchemos una página sola de San Francisco de Sales: «Este amado Salvador, estando apasionadamente enamorado de nuestras almas, no podía quedar satisfecho de cuanto había obrado anteriormente, si ahora no se unía con estrecho lazo a ellas. Con este fin instituyó el augustísimo Sacramento del Altar, para abrazarse y estrecharse tan fuertemente con las almas, que ellas no podrían separarse si no quisiesen. ¿Qué más podíamos desear? Si somos débiles, Aquél que a nosotros se une, es la fuerza del cielo y de la tierra; si hambrientos, Él es el trigo de los elegidos; si impuros, Él es el vino que engendra vírgenes; si ignorantes, Él es la perfección misma. ¡Oh Sacramento de unión de amor, yo os adoro! ¡Oh vínculo y lazo de perfección, yo me entrego por esclavo! ¡Oh don incomparable, en el que todo el amor que Dios nos mostró está compendiado! Y ¿por qué yacemos lánguidos en nuestras miserias y flaquezas, si aquí hallamos a nuestro Reparador, que viene a destruirlas, transformándonos en Él, y Él en nosotros, si queremos?» (2).

VIII. San Juan Bautista Vianney, Cuar de Ars, con los ojos llenos de lágrimas, exclamaba: «Oh Jesús, conoceros es lo mismo que amaros!... Si supiésemos cuánto nos ama nuestro Señor, moriríamos de placer. No creo

(2) Secuencia de la Misa del *Corpus Christi*.
(1) Oración *Transfige, dulcissime Domine Jesu*.
(2) *Ejercicios espirituales*, part. III, consider. II, afecto II.

que haya corazones tan duros, que no le amen, viéndose tan amados... Es tan hermosa la caridad: es una emanación del Corazón de Jesús, que es todo amor. El único bien que tenemos sobre la tierra es el amor de Dios y el saber que Dios nos ama. No hay necesidad de hablar mucho para orar bien. Sabemos que Dios está allí, en el santo Tabernáculo: abrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su santa presencia: esta es la mejor oración».

El Venerable Ollier exclamaba: «¿Por qué Dios mío, habéis puesto sangre y no aceite en mis venas? ¡Ah- si en mis venas yo tuviese aceite en vez de sangre, lo derramaría gota a gota en las lámparas que arden delante del Santísimo Sacramento».

Y el B. Eymard sus amores y toda su vida la compendiaba y manifestaba en dos palabras sublimes: «¡Un Tabernáculo... y basta! ¡Jesús está allí... luego todos a Él!...»

IX. Mas si hay un santo que, con preferencia a otros, merezca el título de *«Enamorado del Sacramento»*, es sin duda alguna San Alfonso María de Ligorio. Bastaría leer las *«Visitas al Santísimo Sacramento»* para persuadirse que solamente un santo, y un santo como él, haya podido hablar de semejante manera.

Entre otras, existe una poesía de San Alfonso titulada: *«A Jesús Sacramentado encerrado en la sagrada custodia»*, la cual, para mí, es la obra maestra de sus fervores eucarísticos. Me parece que faltaría al respeto debido al santo Doctor, y además de celo por el mismo Santísimo Sacramento, si no transcribiese aquí este verdadero cántico de eucarístico serafín. Y lo hago con tanto más gusto, cuanto esta poesía es poco conocida; y sin embargo, merece que todas las almas eucarísticas la aprendan de memoria y la reciten muchas veces delante del Tabernáculo, donde Jesús mora.

Son cinco octavas, de las cuales, las tres primeras contienen apóstrofes de santa envidia a las flores que están próximas a Jesús Sacramentado, a los cirios que arden en su honor, y al sagrado copón que lo encierra. En la cuarta, habla consigo mismo, y es un grito de nobilísimo desdén tanto para las flores como para las luces y el

copón, los cuales son bien poca cosa comparados con el alma que recibe la santa Comunión. La quinta, en fin, es el último vuelo, el arranque final del alma hacia el Tabernáculo y la Comunión.

Comienza, pues, con el apóstrofe a las flores, y dice:

Cuánta es vuestra dicha, oh flores, que estáis
de Jesús tan cercanas noche y día;
siempre a su lado, nunca le dejáis
hasta morir allí en su compañía.

Si en tan bello lugar, de que gozáis,
fijar pudiera la morada mía,
¡oh! qué suerte y qué honor habría hallado
finar la vida de mi Vida al lado.

Sigue el apóstrofe a las luces que arden delante del Santísimo Sacramento:

«¡Qué ventura la vuestra que así ardiendo
honráis, cirios, al vuestro y mi Señor!
Cual vosotros un día estar luciendo
quisiera mi alma, hecha luz y ardor;
y cual os vais vosotros derritiendo,
derritirme quisiera yo de amor.
¡Cuánto os envidio y qué contento habría
con la vuestra en trocar la suerte mía!»

Después viene el apóstrofe al sagrado vasito, o sea, al sagrado copón:

«¡Vaso sagrado, tú más venturoso!
en ti se esconde y enciérrase mi Amado.
¡Quién más noble que tú, quién más dichoso,
si de asilo a mi Dios has sido dado!
¡Oh! si fuese tu oficio tan hermoso
sólo un día a mi pecho encomendado,
todo fuego y amor fuera mi pecho,
del fuego y del Amor morada hecho!»

Aquí el enamorado poeta entra dentro de sí mismo; se compara con las flores, con los cirios y el copón, y noblemente los compadece:

«¡Ay qué vaso, qué cirios, ay qué flores!
Mas que la vuestra estimo mi ventura
cuando viene el Amor de mis amores,
lleno, a mí, de piedad y de ternura,
y recibo de pan bajo sabores
a mi bien y mi Dios yo, vil criatura.
¿Cómo entonces no muero y me enamoro,
pues todo mío se hace mi tesoro?»

Finalmente su alma se desata de todas estas reflexiones y se lanza, en un vuelo de amor al Sacramento y a la Comunión:

«Alma, ve, anda y de tu Luz amada,
cual mariposa, siempre en redor gira;
vete de fe y amor toda inflamada,
y a vista del Amado, arde y suspira.
Y después, cuando llegue la hora ansiada,
en que a ti se da Aquél que el cielo admira,
estréchale contigo y con fervor
dile que otra cosa no quieres sino amor».

¡Así se abrasan y hablan los serafines de la Eucaristía!

X. Pero del seráfico Padre, Alfonso de Ligorio, no me atrevo a separar el más seráfico hijo suyo, Gerardo Maiella.

Gerardo fue un verdadero serafín de la Eucaristía; el amor al Santísimo Sacramento lo abrasaba y consumía inefable y perennemente. Los anhelos y suspiros en la iglesia, especialmente en los últimos años de su vida, se acrecentaron de tal suerte, que los superiores se lo debieron prohibir, particularmente mientras ayudaba a la Santa Misa.

Una vez el P. Caione y el Doctor Santorelli, poniéndole

la mano sobre el pecho, notaron como si el corazón quisiera saltarle del pecho mismo. Y al Doctor Santorelli le dijo: «¡Si estuviera sobre una montaña, con mis ardores quisiera incendiar todo el mundo!»

Mas cuando se transformaba de una manera visible, era en el momento de la Comunión. En aquel momento dichoso, con los brazos cruzados y apretados contra su pecho, así hablaba a Jesús: «Oh Jesús dulcísimo, no me dejes ya nunca. Dios mío, tú me llamas loco, mas ¿qué quieres que yo haga, si tú mismo me has enseñado a serlo? Tú, Dios infinito, te has encerrado en estrecha cárcel por mí. ¡Ah! ¿por qué no puedo ser mil veces loco por ti? Y ¿qué puedes tú ganar de una miserable criatura? ¡Pero yo todo lo gano contigo, mi Redentor!»

En cierta ocasión advirtió el P. Caione que Fr. Gerardo, pasando por delante del Tabernáculo, reía. Le preguntó el motivo, y el amable hermanito se lo manifestó: «Jesús me ha dicho que soy loco; y yo le he replicado: más loco eres tú que has enloquecido por mí».

Oh santa locura del amante y del Amado, ¿por qué no eres también contagiosa para nosotros?

Pero de almas tan amantes quiero bosquejar el último cuadro.

CAPÍTULO X

TRANSFORMACION EUCARISTICA

I. Finalmente el amor, por su naturaleza, exige un misterio de transformación, suponiendo o produciendo la semejanza entre los amantes y llevándola a cabo y perfeccionánodla cada vez más.

No sé si será verdadero lo que dice el amable San Francisco de Sales; sin embargo, a nosotros nos basta el espíritu de su afirmación. Él dice que sobre las altas montañas cubiertas de nieve las pobres liebres, no teniendo de qué alimentarse, comen nieve; y a fuerza de comerla, como es blanca, se vuelven también ellas blancas. Apli-

caba el santo Doctor este hecho al amor eucarístico y decía: Así las almas, alimentándose frecuentemente de las blancas hostias, se vuelven también ellas blancas. El que come todos los días con amor angélico el Pan de los Angeles, se hace todos los días ángel.

Y en verdad, ningún elemento se asimila tanto por nosotros como la comida y la bebida, las cuales se convierten en nuestro cuerpo y en nuestra sangre, haciéndose en cierto modo nuestra propia substancia. Por eso ponemos tanto cuidado en la elección de los manjares; que sean sanos y buenos, pudiendo ser causa de salud o enfermedad, y muchas veces también de vida o muerte.

II. He ahí por qué el divino Salvador ha querido quedarse en la Eucaristía esencialmente en forma de comida y bebida. Su amor no podía ir más allá. Queriendo generosamente transformarnos en Él, recurrió a la más grande de las transformaciones del mundo sensible, es decir, a la alimentación; y se sacramentó a sí mismo en forma de alimento eucarístico. El mismo adorable Salvador nos lo enseñó: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él». Y prosigue diciendo: «Así como el Padre que me ha enviado vive, yo vivo por el Padre; así quien me come, también él vivirá por mí» (1).

Todo esto en virtud de la alimentación eucarística; y por eso, un poco antes había nuestro Señor insistido solemnemente en asegurarnos, «que su carne verdaderamente es comida, y su sangre es verdaderamente bebida».

III. Los Padres de la Iglesia se han esforzado en expresar de mil maneras y en mil figuras la asimilación eucarística de nuestra alma con Jesús Sacramentado.

San Juan Crisóstomo dice: «Jesús nos da su cuerpo bajo la especie de pan, *ut unum quid simus,* a fin de que así llegásemos a ser una sola cosa con Él» (1). Y San Gregorio Niceno: «Aquél que existe eternamente, nos da a comer a sí mismo, a fin de que, una vez que lo hayamos recibido dentro de nosotros, lleguemos a ser lo que Él

(1) Jo. VI, 57, 58.
(1) Homilía 61.

es» (2). San Cirilo de Alejandría enseña además que «quien comulga, se une con Jesucristo como se unen dos pedazos de cera derretida, que de su unión no resulta sino un todo formado de entrambos» (3). Y el mismo Santo llamaba a los cristianos que han comulgado *concorporeos y consanguíneos* de Cristo. Los Padres de la Iglesia notan solamente esta diferencia entre la alimentación material y la eucarística; que en la primera es la comida la que se convierte en nuestra substancia; en la segunda somos nosotros los que nos convertimos en Jesús Sacramentado, en virtud de aquella ley, por la cual un viviente más noble asimila a otro que lo es menos. Ruperto, abad, hace decir a Jesucristo: «Alimentaos de mí y seréis, por mi gracia, lo que yo soy por naturaleza» (1). Y esta verdad Jesús mismo se la hizo entender a San Agustín, diciéndole: «Soy el alimento de los fuertes, alimentaos de mí; no seré yo el que me cambiaré en ti, sino que tú serás quien se cambiará en mí»».

IV. Ahora bien, cuanto más sano y fuerte sea el estómago, tanto más perfectamente asimila los alimentos. De la misma manera, cuanto más sana y robusta es un alma, tanto más perfectamente asimila, o se asimila a la divina Eucaristía. Y esto no sólo por la razón misma de la alimentación eucarística, como antes hemos expuesto, sino también por razón del amor eucarístico. Hemos dicho que el amor es fuego; pues bien, cuanto más intenso es el fuego, tanto más pronto y más íntimamente penetra el hierro, lo pone incandescente y lo asimila. De suerte que un grande amor o fuego eucarístico es sobremanera asimilador o transformador, no sólo en virtud de la santa Comunión, que es verdadera alimentación sacramental, sino también por la virtud asimilativa intrínseca y esencial del amor mismo. Esto nos hace recordar lo de las liebres del citado San Francisco de Sales, las cuales a fuerza de comer nieve, se vuelven también ellas blancas.

Si un solo beso dado por Jesús Niño en el rostro a

(2) Homil. 8 in Ecclesiast.
(3) Lib. 10 in Joann, c. 13.
(1) In Exod. lib. 3, cap. 12.

Santa Catalina de Bolonia, le dejó una señal blanca y luminosa por tanto tiempo, y aún parece descubrirse allí todavía después de tantos siglos que ha muerto, ¡oh!, ¿qué blancura y qué transparencia no recibirá el alma eucarística de Jesús Sacramentado, a quien todas las mañanas quisiera recibir como un ángel, y todos los momentos amar como un serafín?

Bello es el elogio que hace la Escritura de la amistad de Jonatás y de David, diciendo: «El alma de Jonatás se unió estrechamente con el alma de David». Si este mismo elogio se repitiese de la amistad que une a Jesús Sacramentado y al alma eucarística, se diría la verdad.

Muy delicadas son las palabras dichas por Santa Inés en el éxtasis de su martirio: *«Te confiteor labiis, Te corde, Te totis visceribus concupisco»*: Oh Jesús, te confieso con mis labios; a ti con el corazón y con todas mis entrañas te deseo. Y más delicadas todavía estas otras: «Ya su cuerpo se ha identificado con el mío; y su sangre ha adornado mis mejillas». Si el alma eucarística modulase también este cántico de la heroína de Cristo, sería melodía dulcísima la suya.

V. Sí, para expresar la identificación sacramental de la Comunión y la moral del eucarístico amor que se sigue a aquélla, haré mías las mismas expresiones, por otra parte divinas, del Cantar de los Cantares: «Mi Amado para mí, y yo para mi Amado; el cual se apacienta entre azucenas» (1): afirmación tantas veces, y siempre ardientemente, repetida en aquel libro inspirado, que parece haya sido escrito para ser propiamente el libro divino de los amores eucarísticos.

Oh mi Jesús, cuando en la santa Comunión nos hayamos hecho *concorporeos y consanguíneos*, cuando tenga la dicha de estrecharte contra mi pecho, podré repetir el grito del Apóstol: «Yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí» (1): y cantar con la Iglesia:

(1) Cant. II, 16.
(1) Galat. II, 20.

Jesu, dulcedo cordium,
Fons vivus, lumen mentium,
Excedens omne gaudium,
Et omne desiderium.

Jesús, del corazón plena dulzura,
perenne manantial, luz de la mente,
excede a todo gozo tu hermosura
y al deseo también más vehemente.

Qui Te gustant, esuriunt:
Qui bibunt, adhuc sitiunt:
Desiderare nesciunt
Nisi Jesum, quem diligunt.

Más hambre experimenta quien te gusta;
y aun más sed el que bebe en tu venero;
no saben desear cosa más justa,
que a Jesús a quien aman por entero.

VI. Que entonces, hecha la santa Comunión, cante yo también con el poeta de los Himnos sagrados:

Tú eres mío, contigo yo respiro;
De ti vivo, gran Dios, tan solamente;
y con el mío humildemente
tu amor mismo te ofrezco a ti, Señor.

Mi anhelo colma todo y mi suspiro;
habla, pues todo, todo te lo entiende;
de dones llénale que a todo atiende
cuando un pecho te alberga con amor (1).

¡Oh santa Fe! si la Iglesia al mirar solamente, en la gruta de Belén, dos animales junto al divino Infante recostado en el pesebre, extática exclama: *«O magnum mysterium et admirabile sacramentum»:* ¡oh gran misterio!, ¡oh admirable arcano! (2), ¿cómo no quedará admirada

(1) A Manzoni, Estrofas después de la Comunión.
(2) IV Respons. de Maitines de Navidad.

mi fe al ver la carne de Jesús hecha mi comida y su sangre mi bebida? ¿Con cuánta más razón no debo exclamar también yo: *«o magnum mysterium et admirabile sacramentum»*, al ver convertidos eucarísticamente en una sola cosa el siervo y el Señor, el enfermo y el Médico, la criatura y el Creador?

«O magnum mysterium et admirabile sacramentum!» Y ¿qué cosa viene a ser la suerte de los animales de Belén comparada con la mía? ¿Qué es el mismo leño de la Cruz, los instrumentos de la Pasión, teñidos simplemente de la sangre de Jesús, en comparación de mi cuerpo y de mi alma, bañados, regados por la sangre misma del Redentor? Y los altares, copones, custodias, cálices y corporales, ¿qué vienen a ser comparados con un alma verdaderamente eucarística?

«O magnum mysterium et admirabile sacramentum!» ¡oh alma eucarística, oh amiga, hermana, esposa y delicia de Jesús Sacramentado, eucarísticamente concorpórea y consanguínea de Él, sarmiento suyo, su flor y su fragancia!...

VII. Alma, transformada en Jesús por la santa Comunión, no hay más que una criatura sola que te comprenda y te supere; y esta única criatura es María Santísima. Me parece que el elogio más bello y el más propio que pueda hacerse de un alma, apenas ha comulgado, es aquel mismo que fue hecho, y se hará eternamente, de la Madre de Jesús: *«Beata víscera, que porteverunt Aeterni Patri Filium!»:* ¡Bienaventuradas las entrañas que llevaron al Hijo del Eterno Padre! Alma afortunada, puedo también decirte lo que la Iglesia dice a la augusta Madre de Dios: «Al que los mismos cielos no pueden contener, tú lo acoges en tu eucarístico seno».

VIII. Acercando más y más el alma eucarística a María, la hija a la Madre, la discípula a la Maestra, la copia al modelo, adquirirá más luz y más viveza nuestro tema. Lo que gustosos haremos en el capítulo siguiente, seguros de agradar a todas las almas dignas hijas de tan buena Madre.

Mas antes de seguir adelante, recapitulando, debemos

recordar que los discípulos y los ciervos eucarísticos y las eucarísticas Magdalenas forman los principales grados de perfección eucarística. Y que la fiebre, la herida, el fuego sensible, el fuego espiritual y la transformación eucarística son, en la historia de las almas santas, las más solemnes manifestaciones del grande amor a Jesús Sacramentado, su ideal, su aspiración, su centro.

CAPÍTULO XI

LA VIRGEN, EL SANTISIMO SACRAMENTO Y EL ALMA EUCARISTICA

I. *«El pan de mamá»*. Con este epígrafe, los periódicos, en las ansiosas vicisitudes con que terminaba la guerra europea, refirieron una hermosa y conmovedora anécdota.

Un prisionero, juntamente con la libertad, había perdido también la salud; y ésta mucho más fatalmente que aquélla. Desfallecido y sin fuerza y casi del todo consumido por la enfermedad, el infeliz se acercaba ya a su última hora. Mientras tanto se concluyó el armisticio y se hizo la paz; y los prisioneros comenzaban a regresar a su patria. Entre ellos venía también nuestro enfermo; pero al entrar en los confines de Italia, fue ya imposible hacerle proseguir el camino para su país natal. Entonces el oficial que mandaba la tropa, telegrafió a la familia avisándola del estado gravísimo en que se hallaba el hijo.

Al recibir tan triste nueva, corrió el padre del pobre enfermo a su lado, llevando en su corazón de padre encerrado también el de la madre. Abrazando tiernamente y cubriendo de besos a su hijo, el buen hombre sacó un medio pan de un saquito que llevaba, y presentándoselo: «¡Mira, le dijo, *es el pan de mamá*... prueba, prueba un bocado, hijo mío!...»

«¡Oh! ¡el pan de mamá!... ¡el pan de mamá!...» —repitió con voz desfallecida el enfermo—, y comenzó a masticar el pedacito que el padre le había puesto en la boca.

Lo masticaba, lo gustaba y saboreaba, y se conmovía. «¡Qué bueno es, exclamó, qué bueno es el pan de mamá...» Los ojos del padre y los del hijo estaban llenos de lágrimas. Ahora un bocado, después otro, y repitiendo sin cesar: «¡qué bueno es el pan de mamá, oh padre!», el pobre enfermo se comió todo aquel pan.

Desde aquel momento comenzó a reanimarse; recobró poco a poco las fuerzas perdidas y se puso bien del todo. Y muy pronto el pan de su cariñosa madre le llevó de nuevo a los dulces y tiernos abrazos de la misma.

II. Ahora bien, ¿qué cosa es la Eucaristía sino *el pan de Mamá,* de la Mamá buena, de la Mamá celestial? Pensar en la divina Eucaristía y no pensar en la Virgen es imposible: pensar en la Virgen y no recordar al alma eucarística no se puede imaginar. Pues si hay una verdad que llene de alegría y dulce esperanza nuestro corazón, es aquella que San Agustín expresa con estas hermosas palabras: «La carne de Cristo es la carne de María, y la misma carne de María nos es dada en comida para nuestra salud».

La Iglesia nos lo recuerda en los himnos eucarísticos: *Nobis, datus, nobis natus ex intacta Virgine:* «dado a nosotros y para nosotros nacido de la Virgen pura». «Te saludo, oh verdadero Cuerpo, nacido de María Virgen... Oh Jesús piadoso, oh Jesús, Hijo de María»: *o Jesu, fili Mariae.* Gustamos en la mesa eucarística el «fruto del generoso seno de María», *frutus ventris generosi.* En una palabra, nosotros gustamos el Pan de la Mamá celestial.

III. María es el trono; Jesús es el Rey: el alma lo recibe y adora. María es el altar; Jesús la víctima: el alma la ofrece y la consume. María es la ovejita; Jesús es el Cordero de Dios: el alma lo acaricia y lo lleva en su corazón. María es la fuente; Jesús es el agua: el alma la bebe y apaga su sed. María es la colmena; Jesús es la miel: el alma la toma en su boca y la gusta. María es la vid; Jesús el racimo que, exprimido y consagrado en el cáliz, nosotros bebemos. María es la espiga; Jesús el grano que, sacramentado sobre el altar, nosotros comemos.

En verdad, cuánta intimidad y cuántas relaciones ligan estrechamente entre sí a la Virgen, al Santísimo Sacramento y al alma eucarística.

IV. Me creería feliz, si acertase a profundizar un poco más el argumento y a aproximar mejor a la Virgen el alma. ¡Cuánta luz recibiría la eucarística copia del materno original! ¡Cuánta fuerza obtendría el hijo de la Madre; y cuánta perfección la discípula aprendería de la Maestra! Trataré de hacerlo; la Virgen santa me ayudará.

Toda la vida de la Santísima Virgen podemos considerarla en tres períodos o momentos: *antes de la Encarnación, en la Encarnación y después de la Encarnación;* y en tres períodos o momentos podemos también considerar toda la vida del alma eucarística: *antes de la Comunión, en la Comunión y después de la Comunión.*

Lo que es una planta antes que produzca la flor y madure el fruto, eso mismo fue la Virgen Santísima antes de la Encarnación. La Virgen es el proemio o el exordio de Jesús; la vida, pues, de la Niña de Nazaret, toda ella, fue una preparación para Cristo. La preparaba Dios enriqueciéndola de gracias, de dones y privilegios, y ella misma, sin saberlo, se disponía para la divina maternidad, cooperando fielmente a los dones y designios de Dios.

Es inmaculada; todo pura, toda hermosa, toda santa; y, sin embargo, nadie como ella se rodea de cautelas, de modestia y recato; nadie como ella teme y se esconde. Todas las virtudes brotan en su corazón, o por mejor decir, su corazón es el modelo de todas las virtudes; y no obstante, ninguno como ella es tan solícito en hacerlas fructificar a todas, en negociar con los dones del cielo, en corresponder y ganar méritos. Su belleza era la pureza, su fuerza la humildad, su vida la caridad. Además la virginidad, no sólo como condición de naturaleza por razón de su edad, sino especialmente como estado de elección, comunicaba a su carne el esplendor y la transparencia del espíritu; por lo cual, la Niña nazarena, aun externamente, parecía más celestial que terrena, más divina que humana.

El Espíritu Santo la contempla, y, complaciéndose de ella, exclama: *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es:* «qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!» (1). Y no contento con este primer elogio, añade luego: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te:* «toda eres hermosa, amiga mía, y no hay defecto alguno en ti» (2). Y ¿cómo no ha de ser toda hermosa la que estaba destinada para ser la Madre de Dios, hermosura increada y fuente de toda belleza? ¿la que había de revestir de su hermosura al más hermoso entre los hijos de los hombres? ¿Cómo suponer mancha alguna en la que había de ser la segunda Virgen por privilegio, después de la Santísima Trinidad, que es la primera Virgen por naturaleza, según la divina sentencia de Gregorio Nazianceno, que dice: *Prima Virgo Trias est; secunda Virgo Maria est?* ¿Cómo suponer mancha en aquella alma destinada para ser el espejo de la luz increada? ¿Cómo admitir imperfecciones en María, que es la obra maestra de Dios entre las puras criaturas? ¿En María, en la que, según la regla dada por un teólogo, «la medida de los privilegios es la misma omnipotencia de Dios?» (1).

¡Ah! ¡no, no! tiene razón San Buenaventura para decir: «Que Dios podría haber hecho un mundo más hermoso y maravilloso; pero no pudo haber hecho una Madre superior a María» (2).

V. Vengamos ahora a ti, oh alma eucarística. Si eres verdaderamente eucarística como hemos explicado en los capítulos precedentes, tu vida, considerada en su primer momento, es decir, antes de la Comunión, deberá ser toda ella una preparación para la Comunión misma, como fue una preparación para la Encarnación toda la vida de la Niña de Nazaret. Deberá ser una preparación de fidelidad y correspondencia a la gracia; una preparación de humildad, de pureza y de santidad. También tú, oh alma eucarística, eres planta de Jesús, y así como la planta, cada

(1) Cant. IV, 1.
(2) Ib. IV, 1.
(1) Gregor. de Valentia, t. 4, in 3 p. Disp. 29.
(2) S. Bonav. Sent. 1, 1, dist. 44.

día, cada hora y cada momento, crece y se desarrolla para dar sus flores y madurar sus frutos; de la misma manera la planta eucarística, con la gracia de Dios, se desarrolla continuamente para formar siempre más bellas sus flores, que son las santas Comuniones, y madurar mejor sus frutos, que son las obras buenas, consecuencia de las Comuniones.

Alma querida, no nos detenemos más: vuelve a leer cuanto hemos escrito sobre la Niña Nazarena; medítalo palabra por palabra y aplícalo a ti misma... No lo olvides: el Jesús de tu Comunión es el mismo Jesús de la Encarnación; una preparación para esta fue toda la vida de María; una preparación para aquélla sea toda tu vida. También de la hija y de la discípula se debería decir: *quam pulchra es!* También de la copia eucarística se debería afirmar: «eres toda hermosa como el materno original; tampoco en ti hay mancha alguna de pecado»: *macula non est in te,* en cuanto es posible, se entiende, a una pobre criatura.

VI. ¿Qué diremos ahora de la Virgen Santísima en el segundo momento de su vida, en el momento de la Encarnación?

Intendat mens humana, contempletur, et stupeat, exclama San Juan Damasceno: Atienda la mente humana, contemple y en silencio admire. Todo lo que se puede decir o pensar de la Virgen está encerrado en estas solas palabras: *«María, de qua natus est Jesus»:* «María, de la cual ha nacido Jesús»; en esta sencilla frase está compendiado todo el poema de María. Apenas hubo Ella pronunciado su *fiat* misterioso, se abrieron los cielos, *«et Verbum caro factum est»:* y el Verbo se hizo carne, y se hizo carne en su seno inmaculado.

¡Ah! bendita Tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! Solamente la lengua de nuestra dulcísima Madre es digna de cantar el éxtasis en que su alma quedó sumida. Y ella, en efecto lo ha cantado sobre las montañas de Hebrón, en la casa de Isabel: *«Magnificat anima mea Dominum»:* «Mi alma glorifica al Señor: y mi espíritu está trasportado de gozo en Dios, Salvador mío. Por-

que ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes aquél que es todopoderoso, cuyo nombre es santo».

Qué cosa, pues, haya sentido en los nueve meses que tuvo encerrado en su seno al Verbo de Dios hecho carne, es mejor no pensarlo; porque sería intentar lo imposible. Es mejor repetir con la Iglesia, como ella lo hace en el responsorio IV de Navidad: «Bienaventurada Virgen, cuyas entrañas merecieron llevar a Cristo Señor nuestro»; y en el VI: «Oh santa e inmaculada Virginidad, no sé con qué alabanzas deba ensalzarte; porque en tu regazo has llevado a Aquél que los cielos no pueden contener». Después, su dichoso parto es mejor cantarlo con los hermosos versos del poeta sagrado:

La Madre en pobres pañales
al Hijo tierno envolvió;
y en el humilde pesebre
suavemente le posó,
Y adoróle: afortunada
delante de Dios postrada
que de su seno nació (1).

Así Jesucristo fue formado en la virginidad de María, por su virginidad apareció en el mundo, y por su virginidad fue la primera vez adorado. Fueron los ojos de María los primeros en contemplarlo, sus manos las primeras en tocarlo, y sus labios los primeros en besarlo, como fueron los primeros su mente y su corazón en reconocerlo y adorarlo. La gruta de Belén fue el primer templo católico; el pesebre fue el primer altar; y la Virgen fue como el primer sacerdote, el primer incienso y el primer incensario.

VII. Oh alma eucarística, la Encarnación fue la primera Comunión, diremos así, dada a la humanidad; y nuestras comuniones, bajo otra forma, son la repetición

(1) Manzoni. *Il Natale.*

de aquella primera Comunión, cuya misteriosa ceremonia tuvo lugar silenciosamente, en la casita de Nazaret, en el interior del seno le María. Nos parece, por tanto, que ninguna preparación para la Comunión y ninguna acción de gracias puedan ser tan dignas y agradables a Dios, como la consideración de este adorable misterio. Si en todas las comuniones de nuestra vida nos esforzáramos, día tras día, en gustar las dulzuras de tan grande misterio, no lo agotaríamos jamás. Y si, después del Corazón dulcísimo de Jesús, queremos hallar otro libro lleno de preparaciones y acciones de gracias, verdaderamente agradable a Dios, un libro que sea por excelencia eucarístico, este libro es *el Corazón de María.*

Alma de Jesús, te lo ruego encarecidamente, en aquel momento dichoso en que tu boca y tu corazón se abren para recibir al Hijo de María sacramentado, en ese momento feliz, no pienses en nada, olvídate de todo. Una palabra, una palabra sola ocupe tu mente, tu boca y tu corazón; una palabra sola diga todo a Jesús, y sea ésta la palabra de María: «*Ecce ancilla Domini, fiat milhi secundum verbum tuum*». Cuando la hayas dicho como la dijo María, inclina la cabeza, cruza los brazos sobre el pecho, calla profundamente, y adora en tu corazón al Hijo de María como lo adoró su Santísima Madre. Y cuando hayas salido de este silencio amoroso, cuando tu corazón esté ya lleno de santos afectos y sienta la necesidad de manifestarlos externamente, oh alma, te lo suplico, no abras ningún libro, no recites plegaria alguna, no hagas esta injuria al libro de oro, que es el Corazón inmaculado de María, sino que, en unión de la celestial Madre, y como Ella, canta: «*Magnificat anima mea Dominum!...*» He aquí el cántico de la Encarnación, el cántico de la Comunión. Repítelo cuantas veces puedas; cada vez gustarás nuevas dulzuras y nuevo fuego se encenderá en tu espíritu, humillándote y anonadándote delante de gracia tan grande como es la santa Comunión.

VIII. Empero, oh alma eucarística, cuando recibes en tu corazón al Hijo del Eterno Padre, especialmente en aquellos momentos preciosos en que las especies sacra-

mentales no se han consumido aún, viendo dentro de ti al Autor y a la fuente de la gracia, contemplándote tan unida a Dios, ¿quién me prohibirá el saludarte con el Arcángel Gabriel: *«Ave, gratia plena: Dominus tecum?...»* ¿Quién me impedirá el repetir: «Bienaventuradas tus entrañas que llevan al Hijo del Eterno Padre? Aquél a quien los cielos de los cielos no pueden contener, tú, en cambio, encierras y contienes, ¡oh alma afortunada!»

Y ¿por qué en tu pecho no veré la gruta de Belén, y en tu corazón la cuna de Jesús Niño-Eucaristía? ¡Sí, sí, es verdad- Mas si Santa Isabel al ver que venía a visitarla la Madre de Dios, exclamó: *«Unde hoc mihi?»*, de dónde a mí tanta dicha, ¿con cuánta más razón, al comulgar, debemos repetirlo nosotros, que somos miserables gusanillos de la tierra?

IX. Finalmente, ¿qué decir de la Virgen Santísima, considerada en el último período de su vida, o sea, después de la Encarnación? Si en el primero fue toda para Jesús, si en el segundo fue toda en Jesús, en el tercero fue siempre con Jesús, *¡siempre y en todas las partes!* En Belén y en Nazaret; en Egipto y en Jerusalén; en la Galilea y en la Judea; *¡siempre y en todas las partes!* Cuando era todavía adolescente y cuando fue ya hombre adulto; en la vida retirada y en la pública; como Hijo y como Redentor, como Hombre y como Dios, *¡siempre y en todas partes le sigue!* Y le sigue llevando clavada en su corazón aquella aguda espada de dolor que le había profetizado el anciano Simeón. En un lugar solo y en una sola circunstancia María no estuvo ciertamente con Jesús: sobre el Tabor. Mas la que falta en el Tabor, vedla ahí sobre el Calvario! vedla ahí junto a la Cruz del Hijo crucifijado; vedla ahí en su puesto de Madre y de Hija; en su puesto de Corredentora del linaje humano.

¡El Calvario!... ese es... ese es el verdadero altar de María: *«Stabat juxta Crucem Jesu, Mater ejus»* (1).

X. Aquí terminamos, oh alma enamorada de Jesús; por ti misma puedes entender cuál sea el último lazo que

(1) Jo. XIX, 25.

te une con anillo de oro a la dulce Madre. Esto es: «antes de la Comunión ser toda para Jesús; en la Comunión estar toda en Jesús! después de la Comunión permanecer siempre y en todas partes con Jesús». Este es el fruto más precioso de tantas comuniones, la consecuencia más verdadera e inmediata de tan grandes amores eucarísticos: estar siempre y en todas las partes con Jesús, junto a la celestial Madre; es decir, en los misterios de luz y de tinieblas, de gozo y de dolor; en las persecuciones de Herodes y en los trabajos de Egipto; cuando se pierde a Jesús en Jerusalén y cuando se le encuentra en el Templo; en la vida escondida y en la pública; en la familia y en la sociedad: siempre y en todas partes, el alma eucarística debe ser la compañera de Jesús. Solamente no le siga, a donde María no le siguió...

Pero especialmente sea *el Calvario* el santuario predilecto del alma eucarística; esté colocado allá arriba su tabernáculo, su mansión y morada escogida; y, en cuanto es posible, sea allá arriba, sobre la cima del Gólgota, su paraíso en la tierra, junto a todas las almas grandes, junto a los héroes... aún más, junto a María Dolorosa y a Jesús Crucificado...

¿Junto a ellos solamente?...

XI. No, alégrate, oh alma; allá arriba, junto a la Cruz y entre Jesús y María, encontrarás al alma eucarística más grande del cristianismo. Ella te dirá cuál sea la suerte, la felicidad y la gloria de cualquier alma eucarística; ella te dirá los lazos que te unen con los Corazones dulcísimos de Jesús y de María. Mírale: es San Juan Evangelista, el Discípulo amado. La tarde antes, en la última Cena, al instituirse el Santísimo Sacramento, él solo mereció reclinar su cabeza sobre el pecho divino de Jesús, y ahora él solo escucha el testamento de Jesús moribundo; él solo oye que le dice desde la Cruz: *«Juan, he ahí a tu Madre»*.

¡Oh revelación dulcísima! Juan, discípulo eucarístico, llega a ser hijo de María. Del pecho de Jesús pasa al regazo de María; y María del lado de Jesús pasa al lado de Juan. Nueva Maternidad, nueva filiación, nuevo paren-

tesco: *el parentesco de la virginidad con la Eucaristía y con la Virgen.*

Oh alma eucarística, hermana de Juan, qué más deseas? Ya sabes cuál es tu suerte, tu felicidad, tu gloria...

Pero acerca del Calvario volveremos a hablar otra vez.

Mientras tanto, después de haber descrito las dulces relaciones que ligan estrechamente a la Virgen, al Santísimo Sacramento y al alma eucarística, juzgamos oportuno considerar a ésta en su vida íntima, para considerarla después en el ocaso de su vida, en su última Comunión y en su partida para el cielo.

CAPÍTULO XII

LA JORNADA EUCARISTICA

I. Los escritores de la vida del santo Cura de Ars notaron en él una especie de *monotonía divina:* todos los días parecían el mismo día; indicio éste del orden admirable que reinaba en aquella perfecta alma. Hacer todo con orden es propio de Dios, «el cual, como dice el Sagrado Libro de la Sabiduría, abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad» (1). Todo lo que es desordenado, no viene de Dios; el orden hace el cielo, el desorden el infierno, el cual por Job fue definido: «tierra de miseria y de tinieblas, en donde tiene su asiento la sombra de la muerte, y donde todo está sin orden y en un caos u horror sempiterno» (2).

Ahora bien, el alma eucarística es un alma de Dios y del cielo, y por tanto, es un alma ordenadísima. Toda su vida es una *monotonía divina:* ella sabe muy bien que la vida no es más que la repetición de la jornada; y por eso, para ella santificar la jornada del día, quiere decir santificar la vida entera. Y la santifica de tres maneras: con la oración, con el trabajo y con el sacrificio.

(1) Sap. VIII, 1.
(2) Job, X, 22.

1.º — Oración

II. Antes de todo, el alma eucarística es *un alma de oración:* la oración es su ocupación principal, el aire que respira y el impulso que constantemente la mueve. ¿Qué hacen los ángeles en el cielo? alaban y cantan: *«Illa sedes coelitum semper resultat laudibus»:* la celestial Sión resuena siempre de alabanzas (1). Y los ángeles en carne humana, los ángeles de la santa Eucaristía, ¿qué hacen en la tierra? alaban y lloran. Pues si la alabanza es el cántico del amor que goza, el llanto es el cántico del amor que goza, el llanto es el cántico del amor que gime, o sea, el cántico de la esperanza. Mas así como en el cielo la única e incesante ocupación de los ángeles es alabar al Señor, pulsando de continuo sus cítaras resplandecientes; así también en la tierra el llanto, o sea la oración, es la principal ocupación de las almas eucarísticas. He dicho la principal, mas debería decir *la única;* porque, como veremos en el capítulo siguiente, el trabajo, con el cual alternan la oración, lo hacen con tanta perfección y recogimiento, que el trabajo mismo se convierte en oración. De manera que, para ellas, la oración es trabajo, y el trabajo oración: trabajan orando, y oran trabajando; por eso *oran siempre.*

Y cuanto afirmamos no es una exageración, es realidad. Jesucristo ha dicho: «Conviene orar siempre y nunca desfallecer» (1). Las tres palabras *conviene, siempre y nunca,* hacen de este precepto uno de los más solemnes que haya promulgado el divino Maestro; pero es menester entenderlo bien para que no se nos haga imposible de practicar, ni nos conduzca a la desesperación.

III. Aquella palabra, orar, de la cual habla en su mandamiento el Salvador, puede tomarse en sentido estricto o lato: tomada en sentido estricto, es decir, por

(1) Himno de la dedic. de una Iglesia.
(1) Lc. XVIII, 1.

oración propiamente dicha, o elevación afectuosa de la mente a Dios, el *siempre* y *nuca* significan continuidad moral y no física. Como del que estudia mucho, se dice que estudia siempre; y del que es constante en el trabajo, se dice que nunca se consa; así quien en el curso de la jornada ora con fervor y muchas veces, se dice que ora siempre, *moralmente hablando.*

IV. Si, en cambio, por oración se entiende todos los actos que nos ponen en relación con Dios y se ordenan a su gloria, entonces la palabra oración tiene un sentido más amplio, pero no menos verdadero que el primero. Ruega poco, el que ruega sólo con la boca o cuando está arrodillado; la oración vocal es, sin duda alguna, una moneda preciosa, necesaria para el culto externo e indispensable para el culto externo e indispensable para el culto social; pero hay otras monedas, es decir, otras oraciones mucho más preciosas que las oraciones simplemente vocales. La meditación, el santo recogimiento, la habitual presencia de Dios, el hacer todo bajo su mirada y sonrisa divinas, es oración muy elevada. Oración es también hacer en todas las cosas la voluntad del Padre celestial, y hacerla siempre *sicut in coelo et in terra,* esto es, con aquella alegría, prontitud y perfección con que los ángeles la hacen en el cielo. Oración es además cumplir con exactitud los propios deberes, cualesquiera que ellos sean; atender constantemente a la propia santificación y a la de los demás; tener en todo pureza de intención y un deseo grande y generoso de agradar únicamente a Dios. Toda clase de oración encerraba San Ignacio en su lema: *«Omnia ad majorem Dei gloriam»:* todo a mayor gloria de Dios.

Y con esta ventaja, que nosotros no podemos estar siempre en la iglesia, o con el rosario en la mano; cien motivos justos nos lo impiden muchas veces, y aun nos dispensan completamente de las oraciones vocales, de aquellas mismas que estamos obligados a cumplir; mas ¿qué cosa nos podrá dispensar de hacer la voluntad de Dios, de pensar en él continuamente y amarle sin cesar? ¿Qué razones serán suficientes para impedirnos al practi-

car con exactitud nuestros deberes, el agradar siempre al Señor y procurar en todo su divina gloria?

Tomando, pues, la oración en este sentido tan excelente y verdadero, las dos palabras de Jesucristo, *siempre* y *nunca,* pueden y aun deben significar permanencia real y física: *siempre* debemos agradar al Señor y *nunca* podemos desagradarle. De manera que, *ora siempre y nunca interrumpe su oración,* el alma que se esfuerza en vivir de Dios y para Dios.

V. *¡He aquí el alma eucarística!* No es necesario repetirlo más, lo hemos dicho anteriormente: el alimento y la vida de la Madre de Jesús en Nazaret era el conservar en su corazón todo lo que veía y sentía de Jesús, meditándolo, ponderándolo e imitándolo suavísimamente. ¿Quién puede dudar de que otras muchas acciones haya hecho la Virgen Santísima en aquel período íntimo de su vida? Y sin embargo, ésta sola es indicada por el evangelista San Lucas, el cual, en un mismo capítulo de su Evangelio, lo afirma expresamente dos veces: «En Belén y Nazaret, la Virgen conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón» (1). Se ve, pues, en el Santo Evangelista el empeño de hacernos notar que fue propiamente aquella la vida de la Virgen; aquella su ocupación, si no la única, por lo menos la principal.

Ahora bien, el alma eucarística es flor, hija y continuación de María. Si es verdaderamente eucarística y una de las almas afortunadas, que hemos venido describiendo en los capítulos anteriores, entonces, repitiendo con las debidas proporciones de la hija lo que fue dicho de la Madre, sabremos cuál es su ocupación principal: día tras día, *conservat omnia verba haec, conferens in corde suo.* También ella es de Jesús y vive con Jesús y para Jesús; también ella recoge y conserva en su corazón; también ella medita e imita suavísimamente. Este trabajo es su ocupación y su fatiga, y al mismo tiempo, su oración, su éxtasis y su paraíso en la tierra.

De esta manera cumple el alma eucarística, en los dos

(1) Lc. II, 19, 51.

sentidos indicados, el precepto de orar siempre dado por Jesucristo. ¿Quién puede contar cuántas veces, desde que despierta por la mañana hasta que se duerme por la noche, se abre su boca para la oración? ¿cuántas veces alaba al Señor, le mendice, adora y da gracias, le suplica e invoca durante las horas del día? ¿Quién puede contar los latidos y gemidos de su corazón enamorado; los deseos, las aspiraciones, los dulces coloquios y soliloquios de esta alma, la cual no desea vivir sino para agradar al Señor, hacer su santísima voluntad y procurar su gloria? Y si a todo esto se añade la santificación de todas sus obras y el cuidado que pone en dar gusto al Señor, cumplir perfectamente su voluntad y aspirar en todo a su gloria; si se considera todo este conjunto de acciones y de intenciones, ¿no debe decirse que el alma eucarística ora siempre y nunca interrumpe la oración?

VI. Las almas de Dios, como las perlas y las flores, tienen analogías y relaciones entre sí. Miremos a la gloriosa y angelical virgen romana Santa Cecilia, y, recogiendo del Breviario las hermosas palabras con que se hace su elogio, tendremos hecho el panegírico de cualquier alma eucarística. «La virgen gloriosa llevaba siempre sobre el pecho el Evangelio de Cristo y, ni de día ni de noche, cesaba en los coloquios divinos y en la oración. Instaba a Dios con gemidos, con los brazos abiertos le suplicaba, y su corazón ardía en celeste fuego. En su retiro se le hallaba elevada en oración bajo las alas de los ángeles. Sonaban los órganos; mas al compás de sus armonías Cecilia, en su corazón a sólo Dios cantaba himnos, y le decía: Haced, oh Señor, que mi corazón y mi cuerpo se conserven puros, para que jamás quede confundida. Oh Cristo Jesús, Pastor bueno, sembrador de castos consejos, Cecilia tu sierva, como abeja industriosa te ha servido».

En estas líneas está contenida toda la vida de la Heroína; falta la última, escrita con caracteres de sangre, pero se supone. Cada pensamiento es un rasgo de pincel; cada palabra un panegírico, cuyo conjunto compone el poema de Cecilia, la cual es un modelo acabadísimo del

alma enamorada de Cristo, y su luz celestial reverbera y se refleja sobre toda alma abrasada como ella del mismo amor.

VII. En efecto, también el alma eucarística lleva siempre a Jesús, no sobre el pecho como llevaba Cecilia su Evangelio, sino dentro de él, como copón espiritual y sagrario viviente del Augusto Sacramento. Lo lleva como Dios en su templo, como Rey sobre su trono, como Víctima sobre su altar, y como Esposo en su tálamo. También el alma eucarística es paloma que gime, tórtola que suspira; el alba de la mañana la encuentra todos los días pronta a recibir al Esposo, y las sombras de la noche la contemplan por largo tiempo postrada delante de su Dios. Tocaba y cantaba la virgen Cecilia; mas el alma eucarística, ¿no es también ella un salterio divino? ¿no son cuerdas delicadas y sonoros teclados las fibras de su corazón? El alma eucarística, espiritualmente considerada, es como un órgano litúrgico, es decir, como uno de esos instrumentos sagrados, destinados solamente a alabar al Altísimo. Toda su vida es una continua elevación, es una melodía, un himno a Dios. También ella es amiga y compañera de los Angeles, con los cuales alaba, adora, bendice y continuamente da gracias al Señor. Junto con los sacerdotes que celebran los divinos misterios, las almas eucarísticas, como todos los corazones amantes de Dios, suplican al Omnipotente permita que las voces humildes del hombre se unan en un mismo coro con las voces inefables de los Angeles: *Cum quibus et nostras voces, ut admitti jubeas deprecamur* (1).

De esta suerte, si el amor es fuego, y la oración incienso; si un corazón que se abrasa en el amor divino es como un incensario de oro, también del alma eucarística, como de la angelical virgen y mártir Cecilia, se deberá decir: *cor ejus igne coelesti ardebat*, arde siempre en su corazón el fuego celestial del amor divino. Y si la oración es la ocupación más noble y la más santa del hombre sobre la tierra, también el alma eucarística, que ora siempre y

(1) Pref. de la Misa.

en todas partes, merece como Cecilia ser llamada *abeja laboriosa*, fiel al servicio de Cristo, Pastor bueno, sembrador de castos consejos.

VIII. Y así como el soldado en sus armas halla la defensa, y el piloto ve en su áncora la esperanza; como el obrero de su trabajo espera el alimento, y en la medicina busca alivio el que sufre; así también sucede al alma eucarística con la oración, la cual es para ella no sólo su ocupación, sino también su defensa, esperanza, pan cotidiano y alivio.

¡Dichosas de vosotras oh almas benditas! Si no hubiera alguna otra razón que nos animase a enamorarnos de Jesús Sacramentado, bastaría ésta: que el amor eucarístico nos hace tan amados del Dios de las victorias, de Aquél que dijo: «Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera» (1). «En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza: yo he vencido al mundo» (2).

¡Oh, Jesús Sacramentado! Tú eres el escudo y el arma de las almas eucarísticas. ¡Santo Tabernáculo! Tú eres la torre de David y una roca inexpugnable. A ti vuelan y en ti se refugian las palomas perseguidas, y escondiéndose en los agujeros de tu piedra, oyen que Cristo les dice suavemente: *Confidite: Ego sum; nolite timere* (3): buen ánimo, soy yo, no tenéis que temer. ¡De cuántos temores, de cuántas caídas nos libra el recurso al Amigo Sacramentado! ¡Y de cuántas tempestades! ¡Oh, Cristo Dios! Tú eres siempre grande y hermoso a mis ojos; mas cuando te veo de pie y sereno sobre la popa de la barca que peligra en el mar de Genesaret; cuando contemplo que con semblante tranquilo y majestuoso dices cálmate al viento y a la tempestad embravecida sosiégate; cuando los veo callarse al instante y, acariciadores, postrarse a tus pies, y luego a la tempestad seguirse gran bonanza, yo quedo mudo, ¡oh Señor! Y quedo mudo pensando que eres Tú, el mismo Jesús de entonces, el que viene a repo-

(1) Jo. XII, 31.
(2) Ib. XVI, 33.
(3) Mc. VI, 50.